

EL ESTADO Y LAS POLÍTICAS DE POBREZA

Akhil Gupta

Deseo deconstruir la idea del Estado como una entidad unificada para revelar sus limitaciones, presentes en varias de las teorías convencionales, y así poder abordar la violencia perpetrada contra las poblaciones pobres de la India. Sostengo que la constante invocación del Estado refuerza una barrera discursiva y conceptual, la cual evita que se vean las variadas modalidades y técnicas que permiten a las burocracias ser indiferentes al padecimiento social de la pobreza. Si hemos de comprender la relación paradójica de diferentes grupos de pobres con el Estado, quien simultáneamente articula inclusión y asistencia con arbitrariedad y violencia estructural, entonces necesitamos prestar mucha atención a las prácticas rutinizadas de sus diferentes ramas y escalas. Sugiero que el fracaso de la discusión de Foucault sobre la biopolítica y del concepto de Agamben de prohibición soberana para aceptar esta paradoja de inclusión y violencia puede tener que ver con la perspectiva del Estado implícita en su trabajo. Foucault y Agamben aprovechan una teoría de un aparato estatal fuertemente unificado para elaborar sus argumentos acerca de la biopolítica y la soberanía, respectivamente.

Ofrezco dos ejemplos de la discusión de Foucault sobre biopolítica para ilustrar cómo una teoría particular del Estado afianza su análisis.

La biopolítica como una modalidad de poder depende del manejo de la población. Aunque no plantea explícitamente qué ámbito del gobierno es responsable del manejo demográfico, su posición sobre la capilaridad del poder implica que la biopolítica no requiere control centralizado. El argumento de Foucault para el surgimiento de la biopolítica depende de la convergencia de diversas instituciones en diferentes escenarios alrededor de una forma particular de conceptualizar un problema, para el cual buscan soluciones que involucran el control y la asistencia de la población. Aunque las instituciones no estatales pueden ser significativas en algunos regímenes biopolíticos, diferentes organismos, agencias y escalas del Estado deben de ser vistos como importantes actores en la formación de cualquier régimen biopolítico. La aproximación de Foucault no ayuda a comprender las circunstancias que llevaron a la convergencia que produjo un régimen biopolítico frente a situaciones donde supuestos problemas en varios dominios —educación, ley, justicia criminal, salud— permanecen separados. Aunque su aproximación sugiere que el manejo de la población en cualquier régimen biopolítico se dispersa ampliamente a través de las instituciones, su análisis de la Francia del siglo XVIII implica que burócratas y consejeros en el ámbito central del Estado jugaron el rol más importante (Foucault 2007: 55-86).

El segundo ejemplo concierne al hecho de que el orden biopolítico de Foucault depende del poder normalizador de las estadísticas. Si no se analiza críticamente cómo aquellas estadísticas se recolectan y se emplean, entonces la relación entre biopoder y temas como soberanía y violencia probablemente se malinterprete. Cómo ciertos procesos sociales llegan a ser representados estadísticamente y qué ramas de la burocracia y qué funcionarios emprenden la labor masiva de recolectar y organizar estos números puede revelar mucho acerca del manejo de la población. Esto es así porque las estadísticas están frecuentemente ligadas a lo que James Scott (1998) ha llamado legibilidad, y un registro estadístico detallado se asocia normalmente con la vigilancia que es más intensiva. Sin embargo, poseer más estadísticas detalladas no siempre se corresponde con un mejor conocimiento acerca del sujeto de escrutinio. Un análisis de los métodos de recopilación de datos puede muy bien llevar a concluir que las estadísticas no son muy efectivas como instrumento de biopolítica. La

observación etnográfica de cómo se recolecta la información estadística acerca de los sujetos, entonces, puede servir como un importante mecanismo para comprender la efectividad de la biopolítica.

Mientras hacía trabajo de campo en la aldea de Alipur, observaba cómo se recopilaban los datos para los censos. Hice mi propio censo de cada casa de la aldea con el interés de descubrir si mis métodos diferían de los de los trabajadores del empadronamiento. Cuando preguntaba a las personas sobre qué preguntas les habían hecho esos trabajadores, ellos expresaban sorpresa de que tal ejercicio hubiera sido conducido, dado que ninguno recordaba haberse encontrado con uno de aquellos trabajadores. El misterio finalmente se rompió cuando formulé la misma pregunta en la casa donde estuve primero, en la calle principal que conducía al pueblo. El granjero que vivía en ella me contó que el censista había llegado a su casa, se había sentado en su catre y le había preguntado los nombres de todos los otros pobladores de la aldea y cuántos miembros tenía cada casa, entre otras interrogantes. A pesar de que alguna información recogida acerca de la aldea de esta forma podía resultar cierta, esta indagación estaba lejos de ser precisa. El proyecto biopolítico de conocimiento de la población para manejarla mejor estaba profundamente comprometido por los métodos utilizados para recolectar sus datos.

La pasada década ha sido testigo del creciente interés en el estudio etnográfico del Estado moderno.¹ Un importante tema que atraviesa esta literatura es que los Estados no simplemente son aparatos burocráticos funcionales, sino poderosos sitios de producción simbólica y cultural que siempre se representan a sí mismos culturalmente y se comprenden en formas particulares (Jessop 1999). Se ha vuelto posible hablar no solo de naciones, sino también de Estados imaginados (Anderson 1991), esto es, como entidades que son conceptualizadas y se hacen socialmente efectivas a través de particulares dispositivos imaginativos y simbólicos.² Sin

1. Fuller y Harriss (2009: 1-2) sostienen que hasta hace poco la antropología prestaba escasa atención a las dinámicas culturales de los Estados modernos. Esto no descarta una extensa literatura antropológica sobre el Estado en general (véase nota 2).
2. La literatura sobre este tópico es por ahora muy extensa e incluye a Abrams 1988; Alexander 1997; Althusser 1971; Anagnost 1995, 1997; Ashforth 1990; Bayart 1993;

embargo, la articulación de la creación cultural con el biopoder y la soberanía está lejos de estar establecida. Aunque algunos estudios han tratado de demostrar cuán importante es el contenido cultural de la biopolítica y la soberanía, el proyecto más radical de demostrar que estos conceptos son, en esencia, construcciones culturales que han surgido dentro un contexto cultural social e histórico distinto aún no se ha llevado a cabo. El punto es que se necesita reflexionar críticamente sobre la asunción de la universalidad implícita en las teorías de biopolítica y soberanía. Hacerlo permitiría pensar en conceptualizaciones y afirmaciones alternativas de universalidad (Tsing 2005).

El marco metodológico y epistemológico que propongo camina en paralelo a la aproximación pionera de Philip Abrams (1988). Este autor recomienda suspender la creencia en el Estado como una realidad ontológica que sustenta lo que él llama “sistema estatal”, el aparato institucional y sus prácticas, y la “idea de Estado”, el concepto que lo dota de coherencia, singularidad y legitimidad. En lugar de eso, dirige su atención a cómo el sistema estatal y la idea de Estado se combinan para legitimar el gobierno y la dominación. Lo central de este argumento es cómo dicha idea se moviliza en diferentes contextos y cómo se imbrica en instituciones y prácticas estatales.³ Esta conceptualización va más allá de comparar similitudes o diferencias en la forma funcional de los Estados, enfatizando sus contextos históricos y especificidades coyunturales. Al mismo tiempo, la dicotomía entre lo institucional y lo conceptual parece desnudar la antigüedad de sus fundamentos culturales y suprimir la constitución cultural del sistema estatal. A pesar de esto, Abrams llama a considerar un marco analítico en el que las aproximaciones funcionales e institucionales al Estado puedan

articularse con construcciones culturales e ideológicas, analizando más cercanamente las prácticas y representaciones burocráticas. Este no es un asunto de balancear diferentes aproximaciones a su estudio sino un llamado a ver las conexiones constitutivas entre economía política, estructura estatal, diseño institucional, prácticas cotidianas y representación.

Tal complejidad es precisamente lo que se ha perdido cuando los investigadores hablan con seguridad del Estado y las políticas de gobierno. Al hacerlo, se refieren a una entidad que ha comenzado a considerarse, simplemente, como de sentido común. No obstante, precisamente a causa de que parece autoevidente, uno se pregunta: ¿qué es exactamente este objeto, organización o estructura? ¿Dónde se encuentra? ¿Mediante qué mecanismos se revela su presencia? ¿Cómo puede uno comprenderlo? En respuesta a estas cuestiones, ofrezco más adelante algunas propuestas que intentan resumir la aproximación al Estado que estoy buscando en este trabajo.⁴ Este marco teórico inicial constituye un punto de partida esencial.

Me centro en desmenuzar el Estado más que examinar críticamente la categoría de los pobres. Aunque frecuentemente me refiero a esta clase en la discusión que sigue, quiero enfatizar que los pobres no son un grupo homogéneo. De hecho, un uso crítico y reflexivo de la categoría “los pobres” haría posible ver la diversidad de poblaciones clasificadas de este modo, así como también el poder de las burocracias estatales para crear una identidad basada en dicha condición.⁵

Bourdieu 1999; Brow 1988; Brubaker 1992; Clarke 2004; Cohn 1987a, 1987b, 1996; Coronil 1997; Corrigan y Sayer 1985; Coutin 2003; Enloe 2000; Eyal 2003; Feldman 2008; Gal y Kligman 2000; Geertz 1980; Handelman 1978, 1981; Hansen y Stepputat 2001; Herzfeld 1992; Joseph y Nugent 1994; Kasaba 1994; Mann 1986; Mbembe 1992; Mitchell 1989, 1991; Mukerji 1997; Navaro-Yashin 2002; Nelson 1999; Nugent 1994, 1997; Scott 1998; Sharma y Gupta 2006; Steinmetz 1993; Stoler 2002, 2004; Taussig 1992, 1997; Urla 1993; Verdery 1996, 2004 y Yang 1989.

3. Nielsen (2007: 695) presenta un fascinante ejemplo de un contexto en el cual la idea de Estado es producida y actuada incluso en la ausencia de Estado.

4. Alguna de estas propuestas que siguen aquí coinciden con la literatura existente. Sin embargo, tomadas en conjunto, representan una única y coherente teoría del Estado. El carácter distintivo del enfoque que defiendo consiste no solo en las conexiones hechas entre los diferentes planteamientos, sino en el énfasis que pongo sobre diferentes aspectos de la teoría del Estado, que incluyen los metodológicos.

5. Tengo más que decir sobre este punto más adelante en este capítulo. Desagregar a los pobres es importante precisamente porque distintos segmentos de la población pobre son impactados de manera muy diferente por los programas y políticas estatales. Sin embargo, siempre que se usa una categoría como “los pobres”, se termina homogeneizando y colectivizando una clase que no puede ordenarse de tal manera, y simplemente deseamos subrayar esto para mantener nuestras antenas críticas alertas cuando leamos textos donde estos grupos son invocados. Deseo agradecer a Gail Kligman por enfatizar este punto (comunicación personal, lunes 13 de noviembre de 2010).

¿La discusión de Foucault sobre biopolítica o la de Agamben sobre la prohibición soberana necesariamente toman como marco de referencia un Estado unitario y centralizado? ¿Puede la descomposición del Estado en ámbitos, locales, oficinas y funciones ofrecer una aproximación perspicaz a la producción de su indiferencia hacia los pobres? ¿La violencia estructural se vuelve más o menos probable cuando el Estado está descentralizado y pobremente coordinado?

¿Qué es el Estado?

Uno de los aspectos más notables acerca de las alusiones típicas que se hacen sobre el Estado, aparte de su naturaleza intencional, es el carácter unitario del objeto que se describe. El Estado supuestamente decide esto y hace aquello; habla con una sola voz, frecuentemente la voz del líder; defiende el interés colectivo; representa los intereses colectivos sobre los individuales. Entonces, cuando Agamben (2005: 1) apoya la definición de la soberanía de Carl Schmitt como “aquel que decide en el Estado de Excepción”, inadvertidamente moviliza un Estado altamente unitario. Sin embargo, Agamben no asume que la soberanía sea dictatorial. Por el contrario, explícitamente puntualiza que, en la historia de la moderna Europa, donde un Estado de emergencia o excepción ha sido decretado, incluyendo la Alemania nazi, el líder ha sido democráticamente elegido y ha hablado en nombre del pueblo, que frecuentemente aprobaba ampliamente sus acciones (2005: 1-31). Agamben opera con una noción de Estado fuerte en la medida que asume que decidir la declaración de un Estado de excepción es equivalente a su existencia de facto. A Agamben no le preocupa si este tipo de decisión es eficaz en la creación de un Estado de excepción.

El análisis de Agamben no es sorprendente dado que, con muy pocas excepciones, la mayoría de estudios del Estado refuerzan sus cualidades unitarias e intencionales, incluso cuando su poder se critica. El Estado puede describirse como una fuerza represiva que asesina o encarcela a sus ciudadanos; una fuerza dominante que constriñe la libertad de acción o el derecho a expresarse de las personas en la sociedad civil; y que ejerce un excesivo control, al restringir el comercio y la expansión capitalista. Puede

también ser castigado por no cuidar de los pobres y oprimidos, o por no regular los excesos y externalidades de los sistemas capitalistas o socialistas de producción que resultan en contaminación, inequidad, pobreza o degradación moral. Aunque todas estas críticas pueden diferir radicalmente en sus evaluaciones de las acciones del Estado, poblaciones con muy diferentes perspectivas económicas, políticas y morales aún podrían estar unidas en su visión del Estado como una entidad cohesiva, unitaria.⁶

Un enfoque etnográfico, quizá más que cualquier otra aproximación, hace evidente que la materialidad y la solidez del Estado se disuelven cuando se pone bajo escrutinio. El Estado está conformado por una serie de instituciones con escalas diversificadas, organismos u oficinas, agendas, funciones y ubicaciones. La convencional y ampliamente reconocida distinción hecha en los Estados-nación modernos entre funciones legislativas, judiciales y administrativas clasifica tres amplios dominios de especialización funcional. Problematizar su ubicación requiere indagar acerca de la relación entre el Estado en el ámbito federal, en el de los estados regionales, en el del condado, la municipalidad y el distrito electoral —en la India, el distrito, el subdistrito (*tehsil*), el bloque, la aldea y el distrito electoral—. Las funciones legislativas, judiciales y administrativas pueden presentarse en cada uno de estos ámbitos. Además, se debe indagar en la relación entre los organismos que regulan diferentes áreas temáticas: departamentos u oficinas pueden ser responsables de portafolios tan diversos como la industria, educación, defensa, policía, asistencia médica, vivienda, polución, infraestructura y similares. Si uno imagina una cuadrícula tridimensional, cada uno de estos portafolios puede ser tema de acción legislativa, judicial y administrativa, y cada uno puede encontrarse en los ámbitos federal, estatal y local. Finalmente, es realmente importante investigar la relación entre los organismos que se ocupan de asuntos externos —como, por ejemplo, el ejército, el cuerpo diplomático, los agentes de aduanas, alguno cuyos organismos y trabajadores pueden incluso no residir en el territorio del Estado-nación para el que sirven— y organismos

6. Peter Taylor (1994: 151-152) sugiere que la razón para la persistencia de tales concepciones unitarias del Estado puede consistir en su habilidad única para organizar las relaciones sociales a través de la territorialidad.

del Estado que funcionan enteramente dentro de sus fronteras territoriales. Lo que emerge de esta representación es una matriz altamente compleja de instituciones con múltiples especializaciones funcionales, modos de operación, escalas y agendas. Atribuir unidad organizacional y resuelta a dicha confusión de instituciones podría desafiar el sentido común en lugar de encarnarlo (véase también Gal y Kligman 2000: 20).⁷ Por lo menos, es claro que el Estado no puede tomarse como un punto de partida para mi análisis. Quizá, es necesario tomar la unidad y racionalidad atribuida al Estado en el discurso académico y político como un problema teórico y metodológico que debe abordarse.

En la conclusión de su famoso ensayo sobre gubernamentalidad, Foucault adelanta una importante crítica de reducción del Estado a sus funciones:

Pero el Estado, sin duda, no más hoy que antes, no tiene, ni tuvo, esta unidad, individualidad y rigurosa funcionalidad [...] Después de todo, quizá el Estado es solo una realidad amalgamada y una abstracción mistificada cuya importancia es menor de la que creemos. Lo que es importante para nuestra modernidad, que es lo mismo que decir nuestro presente, no es, entonces, la estatización de la sociedad sino más bien lo que yo llamaría “gubernamentalización” del Estado. (2007: 109)

Si bien me adhiero plenamente a esta crítica contra esta entidad reificada —el Estado—, no asumo la incomodidad de Foucault con una particular concepción del Estado que sea un llamado a eliminar el problema en su conjunto. En su lugar, veo esto como una razón para comenzar a pensar diferentes maneras de conceptualizarlo, que no es lo mismo que la pregunta por la “gubernamentalización” del Estado. Parte del problema aquí es que la referencia a “nuestra modernidad” y “nuestro presente” presume una experiencia social compartida desde donde el problema de la gubernamentalización del Estado puede entenderse. Si no presumimos

dicho espacio compartido, entonces el problema del Estado no se disuelve ni desaparece tan fácilmente como Foucault imaginaba.

Lejos de ser una organización unitaria que actúa con una intención singular, el Estado se caracteriza por varios ámbitos que tiran en diferentes direcciones. Por ello, la intención es un lugar burdo para comenzar a pensar su violencia hacia los pobres. El Estado es un agente incoherente para el tipo de violencia en que me centro, e incluso el vocabulario de la indiferencia origina el espectro fantasmal de un agente que ejercita esta indiferencia. Sin embargo, el objetivo de usar esta idea de violencia estructural es precisamente subrayar cómo tal indiferencia o violencia no necesita ser intencionalmente causada por un agente particular. Una perspectiva desahogada del Estado hace posible abrir la caja negra de resultados accidentales, mostrando cómo son sistemáticamente producidos por la fricción entre agendas, oficinas, ámbitos y espacios que lo constituyen. Algunos ejemplos de mi trabajo de campo ilustrarán este punto.

Tres historias

Al programar, previamente, un tiempo para una entrevista, fui a buscar la residencia de Malik, el Funcionario de Desarrollo de Bloque (BDO) del subdistrito (*tehsil*) de Mandi. Me dijeron que vivía en un apartamento encima de una escuela primaria. Cuando me encontré con un cartel pastiche de fondo poscolonial que decía “Ghandi Montessori”, subí las escaleras del edificio, que estaba oscuro y sin ventilación, hasta el último piso. Malik, un hombre anciano con un impactante cabello plateado y una voz ronca que parecía haber alcanzado el fin de su vida útil, me saludó afectuosamente, sirvió té y enseguida comenzó a hablarme acerca de las presiones de su trabajo.

Había tantos programas de desarrollo financiados por el gobierno que le era difícil mantenerse al tanto de todos. Estimaba alrededor de treinta el número de programas que debía supervisar.⁸ Para cada uno se le

7. Si bien Kantola (2007) propone un argumento que es similar al de Gal y Kligman, su enfoque es sobre la noción de soberanía en la teoría de las relaciones internacionales. Kantola sostiene que observar los diferentes ámbitos del Estado desde una perspectiva de género le permite criticar uno de los principales supuestos de la teoría de las relaciones internacionales, a saber, la unidad del Estado.

8. Una medida de la proliferación de programas de desarrollo era que incluso la persona responsable principalmente de ejecutarlos no tenía un número exacto a mano.

dieron objetivos de ejecución.⁹ Dichos programas eran decididos por los de arriba, sin ninguna consulta con los implementadores como él sobre su factibilidad o deseabilidad. Es verdad que, como otros BDO, tuvo la oportunidad de dar su opinión sobre cuán bien los programas se estaban desarrollando en la reunión mensual en la sede del distrito, convocada por el Magistrado del Distrito (DM). Sin embargo, dijo que había poco que alguien pudiera hacer respecto de los objetivos, sugiriendo que incluso el DM podría tener poco poder de influir sobre ellos. Lo presioné por una aclaración: “¿Quieres decir estas órdenes venían desde el [Uttar Pradesh] gobierno del Estado?”. Su respuesta fue ambigua: “Bueno, sí, ellos venían de la Administración [*shaasan se aatein hain*]”.¹⁰ Dado que ya sabía para entonces que la administración del distrito tenía sustancial libertad de acción para decidir cuáles programas iban a aplicarse, le pregunté por qué no los objetó si sus objetivos no eran factibles. Respondió, “Usualmente no digo nada; termino el trabajo y muestro mis resultados. Incluso si un proyecto no es factible, trato de hacer tanto como sea posible. Incluso si solo consigo hacer el 50%, es mejor que nada. Aunque lo que se sacrifica usualmente es la calidad: no puedo mantener la calidad de nuestros programas en la búsqueda de números”.

Se fijaron metas para todo el año y para cada mes. Al comienzo de cualquier mes, el Magistrado de Distrito Asistente (ADM) le decía a Malik que el porcentaje de un proyecto particular tenía que finalizarse para el fin de ese mes. Por ejemplo, podía decirle que el 10% del proyecto de vivienda gratuita debía estar completado en mayo. Los objetivos se aplicaban a todos los distritos del Estado, ignorando el hecho de que las desiguales condiciones en cada región requerían el uso de una mezcla de programas. A pesar del considerable desarrollo que se ha logrado en la India, Malik siente que la calidad de muchos de estos proyectos deja bastante que desear. Se quejaba de que los funcionarios que establecían los objetivos

tenían poca experiencia en el área rural o conocimiento sobre esta. Las personas como él, que tenían amplia experiencia en la India rural, no eran consultadas, ni sobre el diseño de los programas o sobre los que serían los objetivos razonables para programas particulares. A su vez, las órdenes eran enviadas desde arriba, y a él se le decía lo que tenía que hacer.

Lo que sobresale aquí son los funcionarios de alta escala en la jerarquía administrativa que toman decisiones acerca de programas y objetivos que tienen poca relevancia sobre el terreno de la realidad; también se encuentran, a la vez, los subordinados que ejecutan fielmente dichos proyectos sobre el papel, pero que cuidan poco cuán bien se ejecutan. De hecho, los objetivos se cumplieron, pero las metas finales de los programas no. Algunos de los objetivos coincidieron con las metas, mientras que otros no, pero hubo poca preocupación de si lo cumplían, por qué sí y por qué no. Esta indiferencia hacia los resultados propició arbitrariedades en relación con las personas pobres beneficiarias de tales programas.

La respuesta racional del personal de escala más baja a la disciplina de la burocracia demanda que se preste más atención a los objetivos que al bienestar de la población objetiva. Esta es una de las muchas formas en que los procedimientos, más que la ideología, operan para evitar que los servicios alcancen a los pobres. Quizá sería más adecuado hablar del procedimiento *como* una ideología porque es a través de estos procedimientos que el Estado comienza a representarse y simbolizarse (véase más abajo).

La segunda historia involucra a Goel, uno del personal del BDO quien acababa de trasladarse a Mandi desde un distrito en el norte. Me contó que no le agradaba su nuevo cargo porque ahí había “demasiada política”, y las personas no estaban interesadas en resolver las cosas. Estaba la política usual de los partidos y facciones, pero además burócratas como él tenían que competir con un bien organizado y poderoso grupo campesino, el sindicato Kisan, y “mucho vandalismo” (*goondagardi*).

El trabajo de Goel era llevar las estadísticas sobre cualquier tema concebible que perteneciera al distrito. Cada mes se le pedía entregar un reporte que resumiera los progresos alcanzados en la región. Los reportes de progreso mensual eran complementados con informes de progreso trimestral aún más exhaustivos. Los datos para dichos informes eran recolectados en los encuentros mensuales de los trabajadores de la aldea.

9. El lenguaje y la ideología de los objetivos subraya el discurso vertical, jerárquico, militarista y masculino de los programas estatales. Un objetivo ha de ser disparado, atacado, invadido y penetrado.

10. *Shaasan* puede representar cualquier ámbito de la jerarquía administrativa, desde la central o el gobierno federal hasta el local.

Su trabajo era compilar la información que le daban estos trabajadores e inspeccionar y revisar aquellas cifras. En la práctica, tomaba esos números y simplemente los sumaba; no tenía el tiempo ni las ganas de verificar la exactitud de esos datos. Me mostró el último informe trimestral del año que acababa de aprobarse. Parecía un enorme ejercicio, con 62 páginas de estadísticas en una serie de temas. Me contó que cuando el distrito recibió de un alto funcionario el requerimiento de información estadística, quien se suponía que respondería a aquellas solicitudes era él. Los datos recolectados se usaron en los censos y otras encuestas estadísticas nacionales.

La queja de Goel sobre la interferencia política de los funcionarios elegidos evidencia que incluso en el ámbito local existen considerables fricciones entre las ramas del Estado, como la legislación y la administración. Aun así, este ejemplo también demuestra que operaciones rutinarias burocráticas como la recolección y la consolidación de estadísticas hacen posible que funcionarios en diferentes escalas y distintas ramas del gobierno coordinen sus acciones. La información recopilada, consolidada y distribuida a través de los ámbitos de la jerarquía administrativa forma la base común sobre la que se elaboran los argumentos a favor de programas y políticas.¹¹ Aunque la interpretación de tales datos puede variar, proyectan una línea de base desde la cual los acuerdos pueden forjarse y los desacuerdos expresarse. Para un proceso de consolidación, tales datos pueden también ayudar a construir una amplia imagen de la actividad que, luego, puede atribuir acciones a un agente singular, el Estado. Esta es una forma en que los funcionarios, no menos que el público, perciben al Estado como entidad cohesiva. Mediante la recolección estadística, la biopolítica se entrelaza con la representación del Estado como excepcional. La recopilación de estadísticas por el bien de su clasificación puede tener más relación con representar el Estado como excepcional que con la biopolítica, ya que la efectividad de la biopolítica depende de la correspondencia

entre los números y los fenómenos trazados. Para intervenir efectivamente en la reducción demográfica, se mediría adecuadamente el número de la población en una vivienda, la tasa de nacimientos, la longevidad y la tierra cultivada. Para la biopolítica, de hecho, la precisión de los datos importa, mientras que la representación del Estado como excepcional no es necesariamente importante, pero la consolidación de los datos es crítica.

Sharma, un promotor, se suma a la queja de Goel con respecto a la interferencia política, diciendo que encontraba problemas en su trabajo solo cuando quería conseguir una meta. “La mejor política”, dice Sharma, “es no hacer nada. De este modo uno no puede ser culpado por hacer mal las cosas, pero si sigues adelante y te comprometes serás el responsable si algo va mal”. En lugar de tomar literalmente tal afirmación, se debería interpretar como un indicador de cuán difícil es, de hecho, cumplir algo. Sharma prosiguió dando un ejemplo de la vez que se llevó un cúmulo de solicitudes de préstamo bancario. El funcionario encargado se rehusó a procesarlas con un pretexto endeble. Entonces, Sharma se las llevó todas, agregó en el medio un buen grupo de solicitudes vacías de modo que lucieran como una gran cantidad y fue directamente al DM. Sharma le dijo “he traído todas estas solicitudes de los aldeanos, pero el del banco se ha rehusado a procesarlas”. El DM inmediatamente tomó medidas contra el administrador del banco estatal y las solicitudes fueron rápidamente procesadas.

Este ejemplo muestra cómo los procedimientos dentro de una burocracia particular impiden que los funcionarios cumplan las metas y cómo incluso para satisfacer objetivos modestos y legítimos deben manipular las reglas. La importancia de seguir las reglas antes que los resultados logrados tiene el efecto de preservar el orden burocrático, independientemente de sus consecuencias para los clientes de aquellos programas. La apelación de Sharma al DM ilustra que cuando hay conflictos entre los funcionarios en diferentes áreas de la burocracia, es posible algunas veces que la petición de un burócrata de más alto nivel ayude a resolver el *impasse*. Tales apelaciones, empero, son siempre costosas, y tiene que haber una muy buena justificación para que este se arriesgue a malquistarse con sus pares acercándose a un funcionario superior. Como resultado, cuando existen programas que fracasan en relación con la ayuda a los pobres, los funcionarios

11. Una etnografía de las estadísticas de gobierno —cómo se generan, cómo se verifican y cómo circulan— podría conducir a un proyecto de investigación fascinante. Además de la cuestión de la calidad de las estadísticas generadas, está el problema de quién produce conocimiento acerca de lo social y qué tipo de conocimiento se produce en la recolección y circulación de estadísticas.

no tienen incentivos para rectificar la situación y abogar en favor de sus clientes indígenas.

La tercera historia es sobre Ramnarain, un hombre de casta inferior, la casta de Odh, a cuya familia se le había asignado cuatro acres de tierra baldía (*banjar bhoomi*) que anteriormente pertenecieron a los bienes comunales de la aldea en Alipur, una localidad cercana a Mandi, donde previamente había desarrollado mi trabajo de campo (Gupta 1998). El dirigente que ayudó a la familia de Ramnarain a conseguir la tierra los llevó al campo y delimitó el área asignada para ellos. Aunque se suponía que la tierra era gratis, algún dinero se intercambiaba, ya que el funcionario aseveró que se les había tenido que pagar a los registradores para crear y registrar las nuevas parcelas.

Varios años después, Ramnarain descubrió que el terreno cuya fertilidad había logrado diligentemente fue erróneamente delimitado por el funcionario, y, de hecho, se había superpuesto a los bienes comunales de la aldea. La tierra delimitada por el dirigente tenía más de un acre que oficialmente pertenecía a la parcela número 40, que había sido designada como área de pastoreo del lugar. Al mismo tiempo, algo de dicho terreno en su parcela, la número 39, todavía estaba en barbecho. Además, la tierra erróneamente registrada mostraba que ningún cultivo había crecido en alguna de las parcelas por todo el tiempo que la tuvieron bajo su posesión. El dirigente que asignó la tierra a Ramnarain ya no trabajaba en su oficina, y fue reemplazado por un rival de la facción opuesta.

Ramnarain solicitó al dirigente de la aldea vecina su consejo. Este le advirtió de no reclamar que había estado cultivando los bienes comunes de la aldea, porque eso era ilegal y lo metería en problemas. Aun así, el dirigente insistía en que era importante que hubiese un registro de que él había cultivado la parcela número 39, porque eso destacaría en su pretensión legal de reclamarla. Una opción sería intercambiar la tierra barbechada en la parcela número 39 por una cantidad igual de tierra que su familia ha puesto bajo el arado en la número 40. Eso significaría volver a dibujar las áreas y requeriría la ayuda y consentimiento del jefe, que, a su vez, tendría que declarar parte de la parcela número 40, perteneciente a los bienes comunes de la aldea, como tierra cultivable. Pero cuando Ramnarain solicitó la ayuda del nuevo dirigente fue rechazado. El funcionario

le dijo claramente que cualquier transacción de tierras bajo su supervisión primero tendría que favorecer a sus partidarios. La única opción posible para la familia de Ramnarain fue abandonar el acre que estaban arando en la parcela número 40, a pesar de toda la inversión en tiempo y dinero, y cambiar de cultivo completamente dentro de los límites de la número 39.

Luego, Ramnarain fue con algunas personas influyentes para encontrar el registro oficial de la tierra. Estaba listo para gastar todo el dinero que fuera necesario para resolver el asunto, pero el registrador dijo que no podía eludir al nuevo dirigente. La propuesta de redibujar las parcelas tenía que venir primero del actual dirigente de la aldea de Ramnarain, y entonces el funcionario de registros haría el papeleo necesario. Ramnarain se encontraba en un punto muerto: sus relaciones con el nuevo dirigente no eran lo suficientemente buenas para persuadirlo de asumir tal tarea, políticamente compleja y administrativamente difícil.

La historia de Ramnarain ilustra cómo los subalternos deben negociar con diferentes despachos y oficinas —la oficina de un funcionario electo (el dirigente) y de un burócrata nombrado (el registrador de tierras)—. Para obtener el derecho a la tierra que había estado cultivando, Ramnarain ha tenido que confiar en que ambos funcionarios trabajen concertadamente. Sin embargo, los intereses del jefe se mueven al vaivén de los favores que ha recibido de sus seguidores, mientras que el funcionario de los registros de tierra se rehúsa a subvertir la autoridad del jefe.

Aunque burócratas y funcionarios electos como el dirigente sabían que tenían que trabajar juntos, han estado sospechando suspicazmente uno del otro. Los funcionarios elegidos como el dirigente están profundamente resentidos, ya que tienen que sobornar a los burócratas para conseguir que hagan algo por sus clientes: esto disminuye sus márgenes de ganancia y reduce su legitimidad. También se ven forzados a incrementar la cantidad que les cobran a sus clientes en sobornos, y las sumas más grandes de sobornos que ellos reciben siembran sospechas de codicia entre sus seguidores y clientes, pues demandan más sumas de dinero de lo justificado. Del mismo modo, los burócratas han estado celosos de funcionarios electos como el dirigente, ya que habían comenzado a recibir dinero directamente del gobierno para programas de desarrollo, de modo que se saltaban la burocracia establecida para este trabajo. Los conflictos entre

organismos del Estado a menudo dificultan a los pobres la obtención de servicios, en este caso el papeleo para ayudar a asegurar una compra de tierras. En otras instancias los conflictos entre organismos permiten a los subalternos ganar puntos de apoyo en el logro de sus metas.

Tomadas en conjunto, estas tres historias revelan demasiado acerca de la producción discursiva e institucional del Estado y su relación con la pobreza. Una comprensión que no parte de una entidad reificada podría tener implicaciones inesperadas para la política de la pobreza.

Repensando el Estado

Todas las afirmaciones acerca del Estado, como las precedentes, deberían enfrentarse a la pregunta, ¿cuál Estado? Cuando los analistas se refieren al Estado, ¿se refieren al Estado en el ámbito central o federal, regional o local? ¿Qué poderes del Estado están estudiando: administrativo, legislativo o judicial? ¿En qué despacho particular se están enfocando: la policía, el departamento de hacienda, el departamento de educación, el despacho de seguridad laboral, el departamento de electricidad? ¿Qué área geográfica están estudiando? Finalmente, ¿qué políticas, programas y personas constituyen el Estado para ellos? Si una teoría del Estado se basa en la observación empírica, el tipo de teoría que se genere será determinada por criterios tales como dónde y en qué escala las observaciones fueron recogidas, el particular despacho que se estudió y las políticas o programas que fueron el objeto de escrutinio académico. Diferentes comprensiones del Estado emergerán de estudiar las políticas federales en contraste con estudiar los programas contra la pobreza en el ámbito distrital.¹²

12. Si uno trata de esquematizar algo del importante trabajo hecho en antropología y en la India sobre el Estado moderno, y se centra en solo un hecho, a saber, el ámbito del Estado que es estudiado, resultan algunas observaciones interesantes. Varias importantes monografías académicas sobre el Estado se han enfocado principal y únicamente en el ámbito federal. Aquí, incluiría las etnografías históricas de Fernando Coronil (1997) sobre el Estado venezolano y de Andrew Apter sobre el Estado nigeriano. Este es también el caso con el trabajo pionero sobre el Estado indio, tal como *The Political Economy of Development in India* (1984), de Pranab Bardhan. Por otro lado, trabajos que se enfocan en los estados regionales en la India

De manera similar, si nos enfocamos en otros rasgos del Estado, por ejemplo, la división entre los órdenes administrativo, legislativo y judicial, se verá que la mayoría de estudios se enfocan en una o al menos dos ramas del gobierno.¹³ Es importante darnos cuenta de esto porque, cuando nos enfrentamos en estos estudios con afirmaciones sobre del Estado, es necesario preguntarse si estas son verdaderas en todos los ámbitos, departamentos, funciones y programas del Estado o solo con los que está relacionado el estudio. Si es lo último, ¿por qué aquellos niveles, áreas y temas en lugar de otras para constituir lo que sería el Estado? Si se está pensando en la relación entre el Estado y los pobres, tal relación puede mostrarse estudiándolo en cualquier escala de agregación y cualquier área funcional o despacho. Sin embargo, no es lo mismo si uno intenta comprender el impacto de las políticas de Estado sobre los pobres observando las políticas industriales en el ámbito federal —donde los pobres son invocados como una justificación para estrategias específicas de industrialización, pero es poco probable que estén presentes— o las políticas de bienestar en los ámbitos más bajos —donde los pobres pueden estar activamente involucrados en transformar e influir en el tipo de acción llevada a cabo.

Mi punto es que cualquier entendimiento del Estado es una forma de no reconocimiento. Observarlo en una nivel, área o despacho no puede proveer por analogía o extensión conocimientos sobre el Estado. Antes que ver esto como un problema, sostengo que los investigadores deberían aceptar la parcialidad de sus imágenes como un necesario punto de partida para el análisis. No obstante, el verdadero peligro reside menos en que una de sus comprensiones sea localizada y parcial que en las ilegítimas afirmaciones frecuentemente hechas por los analistas sobre su integridad y holismo.

incluyen los libros de Atul Kohli (1987), John Echeverri-Gent (1993) y Thomas Hansen (2001). El fascinante estudio de Clifford Geertz (1980) explora la relación entre el Estado central balinés y sus correlativos regionales.

13. En el caso de los estudios académicos sobre la India, Bardhan (1999) y Kohli (1987) se centran en las divisiones administrativas y legislativas; Hansen (2001) se enfoca en la dimensión legislativa en su interés por un partido político; y Rajeswari Sunder Rajan (2003) se encarga más extensamente del sistema judicial.

Los investigadores, no menos que los hacedores de políticas, son propensos a hacer declaraciones autoritarias de la naturaleza del Estado, de sus intenciones, sus capacidades y habilidades para cumplir sus promesas. Pienso que tales pretensiones de conocimiento son ilegítimas, no porque intencionalmente se propongan reificarlo, sino porque lo hacen así por omisión. Todas estas afirmaciones asumen que el Estado es conocible en toda su extensión, que se puede captarlo porque sus contornos son claros y que su materialidad como una institución está más allá de cualquier duda. Sostengo que tal certeza epistemológica sirve para invalidar formas particulares de política subalterna.

Dos consecuencias inmediatamente surgen para mi interpretación de la pobreza. Primero, que el conocimiento de los pobres acerca del Estado es una forma de conocimiento situado, que se debe tomar seriamente y, aunque se obtiene de distintas fuentes, no es más parcial o incompleto que el de los investigadores o analistas políticos. Segundo, se debe preguntar si las formas de administrar la población varían de un lugar, un despacho, un área funcional o una escala a otros. En lugar de tomar la biopolítica como una especial y bien coordinada serie de acciones, generada por esa entidad singular que es el Estado, es necesario preguntarnos qué contradicciones y contrastes emergen en la administración y optimización de la población a lo largo de las ramas del Estado.

¿Por qué el concepto holístico de Estado tiene tanta permanencia? ¿Por qué las personas continúan aludiendo a una entidad que no puede ser conocida como tal?¹⁴ ¿Qué ganan refiriéndose al Estado y no a los distintos organismos y despachos? ¿Cuáles son los costos académicos y políticos —consecuencias negativas— de reificar el Estado (Abrams 1988, Taussig 1997)? ¿Tal reificación hace más difícil idear estrategias políticas que empoderen a los pobres? ¿La única respuesta frente a la violencia perpetrada sobre los pobres es abrazar al Estado en la clásica forma de

ampliación del proyecto liberal de bienestar social o rechazarlo del todo en servicio de la sociedad civil, o emprender formas de autogestión que pueden inconscientemente participar de la gubernamentalidad neoliberal?

Emplear la idea del Estado es problemática tanto desde la perspectiva académica como de la política. Desde la primera es inaceptable porque ofrece la ilusión de percepción, la cual da por sentado lo que se necesita explicar. Los investigadores del Estado necesariamente tienen que limitar el alcance de su estudio de alguna manera —concentrándose en las relaciones dentro de una o entre dos de las ramas legislativas, administrativa y judicial; enfocándose en las relaciones entre dos o más ámbitos, como el estado federal y el regional, de una única burocracia; o limitando su atención a las élites involucradas en los asuntos externos e internos, por ejemplo, la relación de las fuerzas armadas con los legisladores o los líderes de los partidos políticos—. No hay falta de trabajos extremadamente perspicaces y productivos acerca de ramas particulares o ámbitos específicos de las burocracias (Sinha 2005). Pero ¿cuán analíticamente sensato es extrapolar de estos trabajos conclusiones sobre la relación del Estado con los pobres? Los problemas aquí no poseen simplemente una procedencia empírica desde la que se aseveran generalizaciones sobre el Estado. Más bien, estoy prestando atención al problema que se origina por presuponer el estatus ontológico del Estado como algo manifestado antes que tomarlo como un foco de análisis.

Si esta cuestión analítica sigue estando limitada al debate académico, sus grandes consecuencias políticas serían menos problemáticas. Sin embargo, las teorías del Estado están centralmente involucradas en los debates públicos sobre la pobreza, incluso cuando los participantes explícitamente no emplean una teoría específica del Estado. Después de que reformas del mercado fueran promulgadas en la India, una pregunta muy importante se centró en cuál debería ser el rol del Estado en la mitigación de la pobreza. ¿Son la comida, las escuelas, la asistencia de salud y la vivienda bienes mejor provistos por el sector privado? ¿Debería el Estado limitar el alivio a los extremadamente pobres? ¿Y debería ser temporal?

El indiscriminado uso del término “Estado” es también problemático porque atrae inconscientemente al analista a proyectos empleados por los grupos y clases dominantes para reforzar su propio dominio. Como

14. La frase “el Estado” es raramente usada en el discurso popular en un país como los Estados Unidos, donde es más probable oír críticas o elogios a “el gobierno”. En los Estados-nación donde los partidos políticos socialistas y el pensamiento izquierdistas han sido más importantes, tales como Francia y Gran Bretaña, el Estado es más probable que sea parte de discurso cotidiano. Estoy agradecido a Keith Baker por sugerirme esto.

sostengo más abajo, reificar el Estado es un importante medio de dominio y de obtener consentimiento para este dominio, que consiste en representar esta reificación como realidad. Usarlo como una categoría analítica genérica puede involuntariamente sumar al analista en la tarea política de apoyar el *statu quo*. Pedir al Estado hacer más por los pobres, así como criticarlo por no hacer lo suficiente por el empobrecido, ayuda a reforzar su realidad como una entidad unificada, cuyas acciones pueden hacer la diferencia en las vidas de los pobres. Mientras tanto, tales perspectivas hacen poco por explicar por qué las decisiones políticas del Ejecutivo o de la élite estatal fallan en tener los resultados previstos, y por qué hay grandes discrepancias entre las intenciones y los resultados. No representar el Estado como singular puede sacar a la luz una realidad que las élites pretenden ocultar, a saber, que su control del aparato del Estado es históricamente contingente, incompleto y quizá incluso endeble. Tal conocimiento abriría nuevas vías para las políticas de los pobres.

Estoy objetando aquí la suposición de que el Estado es un objeto o institución que puede conocerse en toda su extensión y que este conocimiento, a su vez, puede utilizarse para elaborar esquemas explicativos que pretendan responder otras cuestiones relacionadas con sus capacidades, intenciones y acciones. En otras palabras, quiero cuestionar su estatus ontológico. El Estado es un objeto interesante de investigación sociológica precisamente porque es un fenómeno social significativo y altamente relevante: políticos, ciudadanos, cortes, burócratas, militares y cuerpos legislativos pueden usarlo para justificar sus decisiones y acciones. En ocasiones, sus ramas y escalas pueden actuar cohesivamente. Uno estaría justificado al decir que el Estado actúa para perpetrar violencia sobre un grupo de personas, como en las matanzas de musulmanes en Gujarat, en 2002, y los disturbios de 1984 contra sikhs en Delhi. Dejando de lado sucesos extraordinarios, el límite entre Estado y sociedad puede, en realidad, construirse a través de las prácticas cotidianas de las oficinas del Estado y las representaciones creadas por los funcionarios (Mitchell 1991b). La noción de Estado comúnmente sostenida, como sugiere Mitchell, puede ser el efecto de miles de monótonas y rutinizadas prácticas más que el resultado de alguna grandiosa ilusión, acto de magia o incluso una fantasía nacional colectiva. Asimismo, la oposición a la que hace referencia la afirmación de

Mitchell puede, de hecho, exagerar el caso: en su lugar, se puede pensar la manera en que las prácticas rutinizadas hacen posible que tales ilusiones, actos de magia o fantasías sean creadas, sostenidas y resistidas.

Dado que el Estado es realmente una diversidad de instituciones, organismos y agendas en diferentes ámbitos, que no necesariamente están bien conectados los unos con los otros, la pregunta importante que se debe hacer es la siguiente: ¿cuándo es exitoso el intento de representar como singular y coherente este desigual, conflictivo y pluricentrado conjunto de instituciones, de múltiples niveles? En otras palabras, ¿mediante qué prácticas y discursos se retrata efectivamente al Estado como singular y unificado para la mayoría de la población? ¿Qué condiciones permiten o posibilitan al Estado mostrarse como una entidad de sentido común? Ramas particulares de la burocracia pueden confiar en la noción de un Estado unificado en su práctica cotidiana, los políticos pueden aludir a una imagen espectral del Estado en sus discursos y las decisiones judiciales pueden tanto ilustrar ambas cosas como depender de la importancia de un Estado unificado para su efectividad. Las acciones cotidianas de los despachos, en la medida que implícitamente invocan un Estado singular, ayudan a los funcionarios y ciudadanos a imaginar tal entidad. El Estado, entonces, puede ser visto como un imaginario social que nace a través de prácticas y discursos. Los discursos de la gente pobre sobre el Estado en el norte de la India algunas veces esbozan paralelos con un antiguo imaginario sobre el rey como un guardián protector (*mai-baap*), pero coexiste con otros, menos jerárquicos, imaginarios socialdemócratas que lo exhortan a corregir inequidades históricas y formas de discriminación. Aun cuando las construcciones de un Estado unitario existen, estas toman múltiples formas.

Reificar el Estado frecuentemente sirve al interés de minorías poderosas. Se tiene que reconocer que a menudo son los líderes políticos y las élites económicas quienes intentan representarlo como deliberado, unitario y cohesivo, a pesar del hecho de que tal condición raramente es llevada a cabo. El esfuerzo para representarlo como un actor unificado tanto para los miembros del público como para ellos mismos involucra una constante lucha ideológica. Sin embargo, no solo los funcionarios estatales, elegidos o designados, tienen el interés en representarlo de esta manera. Los pobres pueden también representarlo como una entidad espectral en

ciertas coyunturas sociohistóricas. Existen ocasiones donde grupos de ciudadanos pueden representar al Estado unificado para organizarse en oposición a políticas o regímenes, hacer realizar ciertas demandas o abogar por límites para la intervención del gobierno, por ejemplo, con temas tales como la separación entre Iglesia y Estado, y en polémicas acerca de la privacidad. Reclamos por reservas o cuotas en puestos laborales del gobierno para las castas inferiores de la India pueden comprenderse de esta manera. En octubre de 2007, personas pobres, sin tierras, que demandaban una reforma agraria, organizaron una marcha en Delhi para apelar directamente al Estado, Estado que representaban en gran medida como una entidad singular y coherente.¹⁵ De igual manera, las élites políticas y económicas pueden no unirse al proyecto de reificarlo, y diversas facciones del capital o la clase política pueden estar interesadas en representar un Estado fracturado y escindir antes que cohesionar y unir. Cuando menciono que estos grupos frecuentemente tienen un interés en un Estado estable, unificado, me refiero a periodos de relativa hegemonía establecida más que a periodos de disrupción y cambio en los órdenes político y económico. En estas etapas de relativa estabilidad, preservar el *statu quo* —el gobierno de la ley, la ley y el orden, un clima de negocios predecible— está usualmente ligado a afianzar el respaldo hegemónico de los grupos de élite.

Tal aproximación, que se pregunta por las condiciones que permiten al Estado emerger como una entidad cohesiva, tiene varias ventajas. Primero, no presume su existencia como un actor unificado y una organización de intenciones deliberadas. En lugar de preguntarse qué hace el Estado y qué es capaz de hacer, lo que significa preguntar por su capacidad, la aproximación que propongo vuelve al Estado un foco mismo de investigación. Antes que dar por sentado la existencia de un Estado unificado, toma las articulaciones de dicho Estado como hecho social que requiere explicación antropológica y sociológica. Segundo, llama la atención sobre el hecho de que una gran cantidad de trabajo político y cultural lleva a cualquier esfuerzo exitoso para representar un Estado como una entidad singular. Tercero, trae a primer plano los problemas de representación,

sobre todo las representaciones engendradas en aquellas prácticas rutinizadas y repetitivas que constituyen la actividad burocrática diaria. Finalmente, tales prácticas significativas ponen de manifiesto cuestiones críticas de la audiencia a quienes tales significaciones se dirigen para tener sentido. Cómo son comprendidas tales representaciones, por quiénes y con qué propósito son temas críticos que tienen que ser abordados por cualquier teoría del Estado.

En la India, la rápida expansión de proyectos de desarrollo y el increíble crecimiento de la burocracia del desarrollo, después de la independencia, constituye una parte importante de los procesos culturales y políticos que ayudaron a representar al Estado ante sus ciudadanos rurales. No obstante, el hecho de que estos esfuerzos se manifiesten a través de prácticas cotidianas que son arbitrarias y no sistemáticas hace problemáticas las representaciones de un Estado unificado. Los estudios de representaciones se han centrado abrumadoramente sobre los despliegues espectaculares de poder y sucesos extraordinarios (Cohn 1987b, Navaro-Yashin 2002). Menor atención se ha dado a la prácticas comunes de los organismos del Estado. Por consiguiente, tales investigaciones han tendido a reforzar, quizá involuntariamente, ideas unitarias del Estado, enfocando la atención en los líderes centrales y situaciones en las que el Estado se moviliza alrededor de tareas específicas. Finalmente, la audiencia para dichas representaciones se entiende que es toda la población, y las interpretaciones diferenciales de magia o fantasía de diferentes grupos del público han sido raramente tema de estudio profundo.

La discusión hasta aquí puede resumirse como sigue: más que tomar el Estado unificado, coherente como un punto de partida para el análisis social, las condiciones coyunturales que permiten a cualquier Estado particular ser exitosamente representado como tal deberían tratarse como un problema analítico que requiere explicación.

Pienso que sería justo decir que las cuestiones de representación no han sido centrales para las teorías del Estado; esto es especialmente cierto cuando se piensa en áreas políticas tales como la pobreza y el desarrollo. Si este argumento se acepta, cualquier discusión sobre el Estado debe considerar la articulación de las representaciones con la economía política, el diseño institucional, la estructura social y las prácticas cotidianas.

15. Véase <http://news.bbc.co.uk/2/hi/south_asia/7066517.stm>, 28 de octubre de 2007.

La pobreza como un concepto biopolítico debe tanto a las representaciones *del* Estado como a las representaciones hechas *por* el Estado. Este último punto es claro si se considera que la categoría integral de pobreza emerge de la representación estadística. La técnica estándar para calcular el número de la población que vive debajo de la línea imaginaria de ingreso inventada por el Estado (la línea de pobreza) o la emisión del documento de identidad para hogares que califican por debajo de la línea de pobreza crean y definen la categoría de pobreza, que emerge de las representaciones estadísticas generadas por el Estado. Imágenes más complejas de los pobres dignos, que necesitan ayuda, frente a los pobres indignos, que son un drenaje de los recursos públicos, son entonces superpuestas sobre tales ejercicios estadísticos y son frecuentemente indistinguibles de ellos, con lo que sobredetermina su significado y rango semiótico (Broch-Due 1995). Me refiero a que categorías como “debajo de la línea de pobreza” hacen algo más que construir simplemente una categoría de personas como los pobres; simultáneamente también crean una imagen del Estado. La representación aquí tiene dos caras: abierta a un esquema clasificatorio a través del cual la población puede subdividirse —los pobres, los analfabetos, las castas registradas, etc.— para los propósitos biopolíticos del Estado, mientras que al mismo tiempo representa al Estado como una entidad para las personas definidas por aquellas categorías.

Mi argumento difiere de algunos otros que se enfocan en la representación que enfatiza menos la tradicional área donde los investigadores tienden a buscar representaciones, esto es, la esfera pública y los medios de comunicación, y por el contrario se centra en las prácticas cotidianas de los organismos del Estado. Las operaciones cotidianas de las oficinas burocráticas tienen funciones significativas muy importantes, y sus efectos representacionales deberían tomarse seriamente. Tales prácticas, que median el contacto de los ciudadanos con los funcionarios y despachos del Estado, pueden tener un impacto aún más grande en engendrar representaciones particulares del Estado que cualquier otra afirmación explícita que circule en la esfera pública. Un importante discurso del primer ministro acerca de cómo el gobierno se dedica a servir a los pobres haciendo instituciones estatales más responsables podría bien ser socavado cuando un pobre se encuentra con los burócratas de la oficina distrital.

Una vez que el vínculo con las funciones significativas de las prácticas cotidianas se establece, el problema se torna en cómo lidiar con plenitud más que con escasez. Las representaciones del Estado parecen estar en todas partes, y se vuelve difícil justificar elegir un conjunto de representaciones en lugar de otros. Los puntos más obvios de enfoque son los medios de comunicación de masas y la discusión pública mediada por la masa: los discursos y entrevistas ofrecidas por los líderes, los debates en el parlamento, las discusiones sobre política pública que se dan en los medios principales, las películas, los programas de televisión, la música y la Internet. (Taylor 1997, Navaro-Yashin 2002). Otra más, la fuente frecuentemente pasada por alto a través de la cual la presencia del Estado se ejemplifica en las vidas de las personas, puede verse en lo que debería llamarse microindicadores. Para usar unos pocos ejemplos de los Estados Unidos, los microindicadores incluyen símbolos comunes de poder estatal, como sellos y firmas sobre el dinero, y logos de la Corporación Federal de Seguro de Depósitos (FDIC) sobre los edificios bancarios. Los contenidos y etiquetas de advertencia en los alimentos envasados también indican la ubicuidad de la representación estatal en la vida cotidiana. De hecho, tan dominante es la idea de que el Estado salvaguardará la salud y seguridad de sus ciudadanos que cuando ocurre una lesión o muerte causada por un producto o práctica peligrosa, como el mal de las vacas locas, hay indignación por su fracaso para regular el producto y prevenir el daño.¹⁶

Como mencioné al inicio de este libro, principalmente me basaré en otra fuente de representación que frecuentemente escapa de la atención de los ciudadanos e investigadores: las prácticas cotidianas de las burocracias estatales. Los pobres en la India rural se encuentran con los funcionarios estatales en numerosos contextos en el curso de su vida diaria —el Estado no es ni remoto ni inaccesible—. Sostengo que la eficacia representacional de estos encuentros para construir una imagen del Estado es mucho mayor que la de los espectáculos y sucesos excepcionales.¹⁷

16. El tópic de los efectos estatales creados por los microindicadores ha sido apenas escurbado en la literatura académica existente.

17. Este no pretende ser un argumento panhistórico. Un hecho como un disturbio puede configurar la percepción de las personas que experimentan la violencia muy

Es difícil demostrar la importancia de las prácticas cotidianas, porque tales prácticas no llaman la atención sobre sí mismas y frecuentemente se vuelven el objeto del discurso una vez que sus convenciones han sido violadas. Es solo cuando una persona falla en detenerse cuando es conminada a hacerlo por las luces parpadeantes de un patrullero o cuando alguien se pasa la luz roja de la autoridad de la policía local y la regulación estatal de tráfico que se vuelven visibles estas prácticas. Quien obedientemente sigue la regla de detenerse frente a la luz roja no tematiza discursivamente, de este modo, sobre la presencia del Estado en hacer cumplir tales reglas y forzar su cumplimiento. Mi interés radica precisamente en aquellos mecanismos por los cuales la presencia del Estado impregna la vida cotidiana en formas que no son evidentes. ¿Cuáles son los efectos estatales de esas prácticas? ¿Qué tipo de Estado se está imaginando aquí, especialmente cuando tales imaginaciones constituyen una comprensión que permanece en gran medida bajo el umbral del discurso? Más que centrarse en aquellos momentos en que la reconfortante realidad de la vida diaria se rompe, debería cuestionarse cómo el Estado mantiene un estado de cosas supuestamente normal donde los pobres son objeto de tal violencia estructural intensiva.

He demostrado que una enorme cantidad de trabajo cultural se destina en representar al Estado como si este fuera entidad extraordinaria, en lugar de un conjunto de organismos desiguales, flojamente conectados, y con despachos en varios lugares. Pero ¿a quiénes están dirigidas estas prácticas de representación? Específicamente, ¿cómo se dirigen a grupos heterogéneos de pobres? Como ha demostrado Shore, estas cuestiones pasan a primer plano en relación con formaciones emergentes como la Unión Europea (2000: 1-2).

Por un lado, si el Estado se muestra unitario para las poblaciones pobres, puede hacerlo solo en tanto dichas habitantes perciben este Estado imaginado como legítimo. Por otro lado, esto no significa que la

profundamente. Pero incluso en tales casos, como ha sostenido Das (2007), es el encuentro con varias formas de burocracia después de los desórdenes, desde la policía a los políticos y las oficinas de alivios de revueltas, lo que debe ser de más grande importancia para determinar las ideas de las personas sobre el Estado.

legitimidad pueda obtenerse solo siempre y cuando los esfuerzos para forjar un Estado imaginario sean exitosos. La legitimidad es una condición necesaria pero no suficiente para garantizar la efectividad de las representaciones del Estado, porque no es una proposición de todo o nada. Un poder particular del Estado como el judicial puede disfrutar de un alto grado de legitimidad, mientras que otros como el administrativo pueden generar sospecha. Por otro lado, un ámbito del Estado, como el central o federal, puede disfrutar de la confianza de los pobres, mientras que otro como el local puede generar recelo. Finalmente, un área funcional como la enseñanza puede disfrutar de alta confianza entre los ciudadanos pobres, pero no sucede lo mismo con otras, como la policial. En todos estos ejemplos, no puede verse al Estado como coherente precisamente porque la legitimidad se extiende a solo algunas burocracias en ciertos ámbitos. Los esfuerzos por representarlo como un actor cohesivo fallan precisamente porque los ciudadanos pobres tienen una clara idea de que este no es, en efecto, extraordinario y que algunas de sus ramas, despachos y niveles son más receptivos a sus necesidades que otros.

Pensando en el Estado de esta forma diferimos fundamentalmente de las conceptualizaciones de aquellos que preguntan si y bajo qué condiciones logra legitimidad (Habermas 1975). En el último enfoque, la premisa de que el Estado es un actor racional y una entidad coherente constituye el punto de partida del análisis, y la cuestión es saber si tal actor es capaz de ganar el consentimiento de las masas para su gobierno. En contraste, la aproximación que estoy defendiendo liga al Estado como imaginario con el tema de la legitimidad: para que sea representado como un actor deliberado, el aseguramiento de su legitimidad debe ser exitoso. Si el Estado es un constructo cultural, las cuestiones de legitimidad se integran dentro de su construcción como un objeto. En tal perspectiva, los Estados no llegan primero al poder y luego intentan asegurar su legitimidad. En la medida en que un partido político, una junta o un bloque de poder puedan, exitosamente, pretender hablar por el Estado, es porque tienen asegurada la legitimidad para su gobierno.

Lo que estoy sugiriendo, entonces, es que representar exitosamente al Estado siendo unitario para cualquier electorado requiere el constante e incesante trabajo de un bloque hegemónico, que por tres razones está

siempre involucrado en una lucha cultural para constituir tal imaginario. Primero, puede haber intereses políticos que compiten, alineados por región, etnicidad, religión, lengua, género, sexualidad, raza o casta, que están interesados en mantener una idea de un Estado desarticulado. Estos grupos pueden no desear ver a ningún bloque de poder hablando por el Estado. Ellos pueden resistirse a la agregación suprarregional de la autoridad. Segundo, puede haber diferentes visiones de lo que es el Estado, de modo que se puede encontrar varios electorados que están cada uno interesados en el Estado como un imaginario, pero no están de acuerdo con lo que constituye tal imaginario. Grupos que demandan derechos para los trabajadores pobres, inmigrantes o minorías pueden invocarlo por dichos reconocimientos, pero también mantener una idea muy diferente del Estado comparado con la idea preconizada por los líderes de las grandes corporaciones. Finalmente, podría haber ahí visiones diferentes del futuro que podrían configurar expectativas de lo que el Estado debería ser, aunque pudiera haber considerable acuerdo sobre lo que es en el presente. De esta manera, los bloques hegemónicos constantemente luchan para construir el Estado como un imaginario. Por esta razón, los conflictos culturales deberían verse como constituyentes del Estado más que como un efecto de las prácticas estatales o de las relaciones Estado-sociedad. La violencia estructural es siempre el resultado de tales luchas culturales inequitativas.

¿Cuál es el terreno sobre el cual se libran tales luchas por imaginar el Estado? La respuesta que viene más fácilmente a la mente es la nación. Mucho de la discusión académica y pública acerca del Estado frecuentemente se centra en el Estado nacional. Es importante subrayar esto porque tales debates asumen un espacio nacional, y, por lo tanto, les resulta difícil analizar los diferentes ámbitos de las instituciones estatales que funcionan en diferentes entornos geográficos. ¿Qué razón posible podría haber para incluir un orfanato en Tamil Nadu y una oficina diplomática en Washington D. C., bajo la misma rúbrica, el Estado? Si cada vez que se encuentra la palabra “Estado” en tratados académicos, se sustituyera “Estado regional” en lugar de “Estado-nación”, se aclararía que mucho de lo escrito sobre el Estado es, de hecho, sobre el Estado-nación, no sobre el Estado en otros ámbitos de agregación. Sin embargo, si se quiere decir el Estado-nación, se tiene que investigar la relación entre formas de imaginar

la nación y formas de imaginar el Estado sin asumir la convergencia de aquellos imaginarios. La relación entre pertenencia, territorio y burocracia se vuelve extremadamente importante para grupos de pobres desde que influyen en las decisiones acerca de quién puede ser excluido de la asistencia del Estado.

Las formas hegemónicas de imaginar el Estado están inextricablemente ligadas a las formas de imaginar la nación (Nugent 1997). Pocas personas discutirían que la nación se constituye a través de la disputa cultural y que todas las naciones luchan por naturalizarse como objetos ontológicos. Los mismos argumentos son válidos para los Estados. Las ideas de la nación son frecuentemente propagadas por organizaciones y actividades del Estado, como escuelas estatales y programas de desarrollo como los Servicios de Desarrollo Infantil Integrados (CDI). Los Estados necesitan ser imaginados no menos que las naciones, y la tarea de hacer eso no es menos difícil. Considérese por un momento una burocracia como la de los CDI. Sus oficinas se localizan en diferentes lugares dentro del territorio de la nación e, incluso, dentro de un Estado regional y un distrito. Por sus funcionarios, no menos que por sus clientes, la unidad de esta burocracia está compuesta de representaciones que brotan de formas de acción repetitivas que involucran el movimiento de personas, archivos, órdenes, requerimientos y recursos, a través de lugares geográficos. La translocalidad de las instituciones del Estado, su dispersión en el territorio que administran, ineludiblemente lo hace una entidad imaginada. La administración biopolítica de la población, entonces, está inextricablemente ligada a la institución imaginaria del Estado, y las luchas culturales que alteran a este último cambiarán también la anterior.

Asimismo, no hay razón para pensar que los procesos que hacen posible que el Estado exista como imaginario social se restringen a las fronteras territoriales de los Estados-nación. De hecho, fuerzas transnacionales, incluyendo importantemente el sistema interestatal, juegan un rol crítico en cómo el imaginario estatal se construye (Chalfin 2006; Gledhill 1999; Meyer 1980; Meyer, Boli, Thomas y Ramírez 1997). Dichos sistemas no solo adquieren un rol crítico en configurar la identidad de los Estados —países menos desarrollados, países recientemente industrializados, etc.—, sino que también ayudan a configurar los valores normativos del Estado y los

tipos de actividades en las cuales se debería o no involucrar. Además, estas ideas acerca de los Estados se originan no solo de otros Estados-nación en el sistema interestatal, sino en las ONG, corporaciones transnacionales y cuerpos de gobernanza internacional que forjan tratados y leyes (Kapferer 2005, véase esp. Chalfin 2006). Un Estado que desplaza a su población a la fuerza dentro de sus fronteras y la arresta sin un juicio, o que rehúsa educar a sus niños, es probable que esté bajo presión política y diplomática dentro del sistema interestatal. La legitimidad de tales regímenes sería probablemente desafiada por organizaciones internacionales o nacionales.

Dado todo esto, puede parecer sorprendente que el fracaso del Estado en la India para proveer asistencia médica y comida para su población indigente haya atraído tan poca crítica internacional. ¿Esto es porque fallar en ayudar a los necesitados no viola el gobierno de la ley ni las normas de la ciudadanía y los derechos humanos? Además, ¿es porque la lógica de los mercados privilegia la preservación de las concepciones liberales de libertad por encima de todo —tanto así que la preocupación de la comunidad internacional se centra más en la derogación del Estado de las libertades individuales que en su negligencia con el derecho de una persona a vivir? En suma, el Estado está formado por prácticas y representaciones que surgen en varios lugares geográficos y escalas institucionales. La biopolítica está intrínsecamente relacionada con los imaginarios estatales que son transnacionales. El Estado y los imaginarios nacionales no siempre coinciden.

Los problemas de localidad y escala nos llevan a un muy importante punto. Estudiar el Estado levanta molestas interrogantes sobre métodos que rara vez se comentan explícitamente. Estas interrogantes pueden agruparse en cuatro títulos principales: (i) el desafío de la translocación, (ii) el desafío de la pluricentralidad, (iii) el desafío de la ubicuidad y (iv) el desafío de la reificación. Cualquier estudio sobre el Estado necesita confrontar estos cuatro desafíos a la misma vez. El resultado no es obtener una mejor imagen del conjunto; ya he sugerido que esta tarea es imposible. Quizá, enfrentándose explícitamente a estos cuatro problemas, se gane un mejor sentido de cómo se obtiene una particular visión del Estado. Juntos, los cuatro problemas nos fuerzan a pensar más cuidadosamente cómo comprender su papel en la específica forma de violencia constituida por la pobreza aguda.

La naturaleza translocal del Estado dificulta seriamente decidir en qué escala uno debería concentrarse en hacer trabajo de campo. Al estudiar las burocracias, los investigadores tienen que confrontarse con la dificultad de que cualquier burocracia tiene oficinas en varios ámbitos administrativos. ¿Se debería estudiar el bloque?, ¿el subdistrito?, ¿el distrito?, ¿el Estado regional?, ¿o se debería estudiar las oficinas principales en el centro (ámbito federal)? La respuesta depende de la pregunta que se desee formular sobre el Estado, pero una gran variedad de problemas involucran varios ámbitos al mismo tiempo. Si se está haciendo observación etnográfica en algún sector, ¿cómo se conoce los efectos de actividades simultáneas en otros? Como observé anteriormente, la imposibilidad de conocer qué está ocurriendo en otros sectores en tiempo real convierte al estudio del Estado, como del de otras instituciones translocales, necesariamente parcial e incompleto. Al mismo tiempo, esto hace que la elección de métodos sea extremadamente difícil, porque tenemos que ser muy claros de por qué estudiamos uno en lugar de otro. Elegí estudiar los sectores más bajos de la jerarquía administrativa porque es ahí donde podía observar a la población pobre rural entrar en contacto con los funcionarios estatales. Cuanto más se asciende en la jerarquía burocrática, menos de esas interacciones son probables de encontrarse. También es probable que el estudio de ámbitos superiores de administración pueda revelar menos condiciones caóticas de acción burocrática simplemente porque el control ha sido más centralizado y focalizado. Por ejemplo, en el distrital, la DM sirve como un punto central para la coordinación de todas las cuestiones de desarrollo, judiciales y policiales.

El problema de la pluricentralidad concierne a la relación entre las ramas del Estado. Aunque podemos decidir concentrarnos en un ámbito específico, por ejemplo, la sede central del subdistrito, ¿cómo vinculamos los despachos unos con otros? No me estoy refiriendo aquí a las conexiones entre las ramas legislativa, judicial y administrativa del Estado en el sector local. Incluso si se está estudiando una de estas ramas, por ejemplo, la rama administrativa, ¿cómo se dan las relaciones entre el departamento de hacienda, las oficinas de registros de tierras, las escuelas y hospitales, el sistema de desarrollo y la policía? ¿Se hace un estudio de caso o se sigue las rutinas diarias de funcionarios particulares, mientras interactúan con

otros, o se busca aquellos escenarios donde los funcionarios de diferentes oficinas se encuentran? ¿O nos concentramos simplemente en una oficina? La ayuda a la población y la violencia estructural no puede ser entendida sin alguna comprensión de la compleja dinámica que conecta las ramas del Estado, unas con otras. Si los pobres sin tierras comienzan a cultivar las tierras comunales de la aldea en colusión con el jefe de la aldea, los oponentes del jefe podrían llamar a la policía para asegurarse que el campesino sin tierra no viole la ley. Cada estrategia de investigación produce una diferente comprensión de la violencia estructural y su relación con el Estado en el ámbito local, probablemente sin elementos en común. Estos problemas se multiplican conforme uno se mueve hacia los centros administrativos más grandes, dado que las áreas de la administración tienden a proliferar en los sectores más altos. En dichos sectores, encontrar al Estado oprimiendo al pobre puede presentar un problema insuperable.

El tercer gran desafío metodológico es presentado por la ubicuidad del Estado. En lugar de una escasez de espacios potenciales para la investigación, nos enfrentamos con el problema de la abundancia. Siguiendo el argumento de la centralidad de las prácticas burocráticas, las representaciones y los microindicadores para la construcción del Estado, es difícil pensar en tantos espacios, sociales o geográficos, en los que el Estado no esté presente. Un análisis estrictamente institucional de los programas de bienestar infantil en el ámbito local puede suponer que los límites del Estado terminan con los de la oficina de CDI. Incluso aquí, es necesario preguntarse si el análisis debería permanecer dentro de la burocracia misma o mirar en lugares donde actores no estatales y las ONG se encuentran con burocracias estatales. ¿Podemos realmente comprender qué sucede en la oficina local de CDI sin saber cómo la retroalimentación de los funcionarios visitantes de los organismos de ayuda extranjeros o el Unicef modifican el diseño del programa?

Ciertamente, los argumentos gramscianos sobre la hegemonía o las ideas althusserianas de los aparatos ideológicos del Estado (AIE) pueden llevarnos más allá de las concepciones de los límites de las burocracias. El problema metodológico que entonces surge del teórico concierne a lo ilimitado de tal teoría del Estado. ¿Dónde termina el Estado? Además, si el Estado es todo, ¿cómo se delimita el objeto de estudio? En la formulación

de Althusser, los AIE incluyen el sistema de diferentes Iglesias, escuelas públicas y privadas, el sistema legal, el sistema político, incluyendo a los partidos, los sindicatos de comercio, la prensa, la radio y la televisión, y la literatura, el arte, los deportes, etc. A la vista de este dominio irrestricto, es poco claro dónde realmente reside la especificidad de la teoría del Estado y por qué se necesita de esa teoría en lo más mínimo. Metodológicamente, tampoco queda claro dónde comenzaría a observarse y comprenderse esa teoría. Si el objeto es estudiar la violencia estructural oficializada sobre los pobres, según la formulación althusseriana, ¿dónde empezaría tal estudio y cómo se delimitaría su alcance?

En resumen, estudiar el Estado genera desafíos metodológicos difíciles: (i) las diferentes escalas institucionales y sedes geográficas de las instituciones estatales, o el problema del translocalismo; (ii) la existencia de múltiples burocracias sin un centro o el problema de la pluricentralidad; y (iii) la abundancia de sitios donde el Estado puede encontrarse o el problema de la ubicuidad. Las consecuencias metodológicas que estos desafíos tienen para el análisis de la biopolítica y la violencia estructural son que diferentes sitios o niveles de investigación pueden ofrecer diversas conclusiones en lo que respecta a cómo la población es administrada y cómo se organiza su asistencia. Sin embargo, también significa que se podría potencialmente estudiar dicha biopolítica o violencia en cualquier sitio o nivel, porque no hay un sitio privilegiado para su producción. Una consecuencia final de estos desafíos metodológicos es que se vuelven necesarios para estudiar problemas de coordinación a lo largo de sedes geográficas o burocráticas para comprender la producción de resultados arbitrarios para los beneficiarios de las políticas de Estado.

El cuarto desafío metodológico mencionado anteriormente, a saber, el desafío de la reificación, se relaciona con el hecho de que el trabajo de campo en las burocracias estatales inevitablemente involucra investigadores en complicidad con la reificación del Estado. En la medida que las categorías, terminologías y representaciones de los funcionarios estatales entran en nuestro vocabulario analítico, nos volvemos cómplices en la perpetuación y legitimación de los esquemas clasificatorios usados por los burócratas. La pobreza —como una categoría biopolítica definida en función de una línea o como una identidad creada por las tarjetas que la

miden— es una categoría estatal que va por encima del trabajo analítico. Una vez que los investigadores la dan por sentada, la discusión académica tiende a centrarse en la precisión de los datos recolectados antes que en un sostenido cuestionamiento de la categoría en sí misma como una forma de simplificación estatal (Scott 1998) o una descripción débil de una realidad compleja (Broch-Due 1995). Si bien tales esquemas analíticos no engendran la reificación del Estado por sí mismos, frecuentemente constituyen un componente esencial en este proceso (Mitchell 1991). Segundo, las prácticas de escritura de las oficinas burocráticas —a través de las cuales el Estado es frecuentemente representado como un conjunto cohesionado— son imitadas por tipos de prosa académica, quizá incluso por las notas de campo. Por ello, la complicidad con la reificación se extiende a las formas, no solo al contenido, del trabajo académico.

Este problema puede ser mejor ilustrado por un ejemplo de uno de los dos programas que he estudiado: el programa Integrated Child Development Services (CDI). Al final de su visita a cada centro de asistencia infantil, Asha Agarwal, la jefa del CDI en Mandi, sacó una hoja de papel y un papel carbón de sus archivos, los colocó sobre una página en blanco en el registro de inspección y escribió un breve y practicado párrafo que decía algo más o menos así:

Se hizo una visita sorpresa al centro en el pueblo de Kalan [fecha y hora]. En ese momento, se observó que veinte niños se presentaron en el centro. La mayoría de ellos parecían saber el alfabeto y las matemáticas. El centro estaba ordenado y limpio. Todos los registros se encontraron completos según las directrices. El trabajador se encontraba haciendo su trabajo satisfactoriamente.

La primera vez que acompañé a Agarwal a un viaje de campo, ella inesperadamente puso el registro en frente de mí y dijo: “Ahora tú escribirás algo en él”. Protesté diciendo que en realidad no sabía lo suficiente; no sabía qué decir, y no era un empleado del gobierno. Sin embargo, ella no quiso saber nada de eso. “Escribe cualquier cosa que desees”, dijo con total naturalidad; “pero tienes que escribir algo”. Tomé el registro, estudié de cerca lo que ella escribió en hindi, rudimentariamente lo traduje al inglés y lo firmé sumisamente como ella había hecho. Ella era una de las pocas personas que podía leer en inglés, tomó el registro de mis manos, lo

leyó lento y adrede, y entonces me lo regresó diciendo: “No has dicho que eres profesor y no has dado el nombre de tu universidad. Anota que está en América, también”. No tuve más remedio que hacerlo.

Más tarde, de regreso a mi habitación, al escribir mis notas de campo, tipeé, “Visité el centro Anganwadi en Kalan. Llegué allí a las 9:25 a. m. Encontré veinte niños”. Lo único que añadí fue una descripción más detallada del lugar, del profesor, los estudiantes y algunos comentarios autorreflexivos sobre el equipo de inspección, del cual yo era, de cualquier manera, un miembro. Fue de esta manera que mi trabajo de campo participó del trabajo de campo de mis informantes. Mis narrativas no se basaron simplemente en las narrativas de mis informantes —relatos que estoy contando acerca de relatos que me contaron—. Quizá mis relatos y los de ellos se superponen en formas que complican las diferencias entre datos y análisis. No solo mi trabajo de campo se superpone con el trabajo de campo de mis informantes, nos involucramos en la tarea de construir el Estado a través de tales formas de escritura.¹⁸

Mi análisis, por esta razón, participa en el proceso mismo que intento analizar. Reconocer la imbricación de mi propia narrativa y las categorías dentro del Estado es el primer y más esencial paso en mi estudio. El problema no solo se sitúa en la cosificación inherente a la reificación. Quizá, la habilidad para ver y representar el Estado como un objeto necesariamente ubica al observador fuera de este. De hecho, estoy sosteniendo que una posición fuera del Estado desde la cual pueda representarse como un objeto reificado es inasequible para el analista. Este es un desafío metodológico y epistemológico, al igual que uno teórico. Para mis propósitos esto significa que simultáneamente se tenga que emplear la categoría de pobreza y adoptar las métricas de su medición y ser crítico de tal despliegue, así como de tales métricas. No es posible aproximarse a este tópico fuera del imaginario biopolítico que es constitutivo de no solo el Estado indio, sino también del orden global de los Estados-nación.¹⁹

18. Holmes y Marcus (2006) han llamado a tales formas de producción de conocimiento “paraetnográficas”.

19. Estoy agradecido a Sean Cubitt, de la Universidad de Melbourne, por las estimulantes cuestiones que llevaron a esta formulación (13 de septiembre de 2007).

Tenemos que ocuparnos de las continuidades en los modos cómo la población rural y subalterna, los trabajadores estatales, los periodistas y los académicos construimos y representamos al Estado. Construir y representar: estos no son dos momentos separados, dos prácticas distintivas que lo van a crear. Quizá son actos simultáneos que se visibilizan una vez que el Estado es visto como un efecto de prácticas culturales (Mitchell 1999). Su construcción y representación cultural están incrustadas en las prácticas cotidianas del trabajo de campo del que se ocupan los funcionarios estatales no menos que los antropólogos. Por eso, la línea entre discursos sobre el Estado y discursos hechos por el Estado puede ser mucho más difusa de lo que los analistas han imaginado. Los discursos de los analistas y del burócrata pueden coincidir, pero también los del analista y la población pobre y subalterna.²⁰ En el primer caso, puede crearse un registro cuya implicancia política permite mayor vigilancia de los pobres rurales. Sin embargo, no existe necesariamente la conexión que se hace entre la complicidad con las representaciones burocráticas y las posiciones políticamente retrógradas, que también pueden resultar de la apropiación de categorías y discursos subalternos. Finalmente, una distinción destacada entre representaciones burocráticas y subalternas del Estado es problemática a causa de la circulación de ideas y discursos a lo largo de estos dominios. Las consecuencias éticas del reconocimiento de la complicidad del analista en los proyectos del Estado ejercen su propia presión sobre las narrativas académicas para el posicionamiento responsable y una política que abandone un espacio impoluto de oposición (Haraway 1988, véase su capítulo 3 para un desarrollo de este tema). De ahí que un especial desafío metodológico y ético se crea por la inevitabilidad de la coincidencia entre modos académicos de clasificación y representación, y aquellas generadas por los propios funcionarios estatales —el problema de la complicidad con las reificaciones del Estado—. Para el trabajo académico, esto significa que en lugar de rechazar totalmente el proyecto biopolítico de clasificación de la pobreza, es necesario, en su lugar, implementar un uso crítico y reflexivo de esta categoría.

Esta perspectiva sobre el Estado, propuesta aquí, trae al frente ciertos dilemas éticos y desafíos metodológicos. También trae una postura particular sobre la política que ahora deseo desentrañar en mayor detalle. Aquellos analistas que prestan atención en sus trabajos a las prescripciones políticas, tienen una perspectiva sobre la política que es esencialmente una continuación del tipo de “consejeros del príncipe”; esto es, recomendaciones hechas a las élites estatales que supuestamente manejan el Estado.²¹ Irónicamente, dichos analistas comparten, algunas veces, una perspectiva del Estado con las personas del lado opuesto: aquellos que lo atacan por su fracaso en hacer las cosas correctas en favor de las clases más bajas, grupos subalternos y el ambiente. Ambos grupos operan con una noción reificada del Estado, que es significativa porque ayuda a definir cuáles son los problemas y en qué ámbitos o arenas se debería actuar. El asesoramiento político sobre la lucha contra la pobreza, por ejemplo, rara vez incorpora los conocimientos o experiencias de los pobres, y los pobres mismos casi nunca son considerados como expertos políticos de su condición existencial y su posición estructural.

¿Cuáles son las consecuencias políticas de ver al Estado como un fenómeno translocal, de múltiples niveles, pluricentrado y un fenómeno ubicuo cuya construcción es críticamente dependiente de la representación y las funciones significativas de la práctica cotidiana? Sugiero que esta perspectiva abre nuevas tácticas para la acción e intervención política. Primero, esto implica que podemos explotar beneficiosamente las contradicciones y tensiones divergentes entre múltiples organismos, departamentos, organizaciones y ámbitos del Estado. Tales tácticas están adaptadas para posibilidades coyunturales más que para la crítica o queja contra el Estado. Las perspectivas, conocimientos y representaciones de las personas subalternas pueden jugar un rol significativo para algunos despachos en algunos sectores. Segundo, esto indica que diferentes tácticas pueden ser efectivas y necesarias para diferentes ámbitos, organismos y tópicos. La intervención en la escala de la formulación política puede requerir distintas tácticas

20. Soy consciente de que no toda la población subalterna es pobre. Aquí, estoy hablando de aquellas personas que son tanto pobres como subalternas.

21. Aunque tomo la frase de Maquiavelo, el primer escrito de este género es generalmente atribuido a Arthashastra de Chanakya. Incluiría en este género reportes de gobierno y una gran cantidad del trabajo académico sobre desarrollo.

de un diferente grupo de personas que la intervención en los sectores más bajos. Un ejemplo de dicha conexión sinérgica es provisto por los grupos en el ámbito federal en la India, quienes luchan por una mayor transparencia y descentralización, apoyando enmiendas como la Ley de Libertad de Información y la del Panchayati Raj, que delega poder a los ámbitos locales de gobierno. Tales acciones, aunque no explícitamente motivadas por o dirigidas hacia la lucha contra la pobreza, pueden terminar apoyando a la ejecución de programas contra la pobreza. Tercero, permiten ver que la política no está generada solo en el centro y diseminada debajo de la jerarquía hacia los sectores más bajos y las locaciones periféricas. Quizá, la política se crea en todos los ámbitos donde el significado del Estado se construye y donde la aplicación de la política toma lugar. La intervención política, entonces, debería ocurrir en todos aquellos niveles, no solo en el lugar más alto de la jerarquía burocrática. Nuevas tácticas de intervención política son sugeridas enfatizando las posibilidades coyunturales facilitadas por la divergencia de agendas de diferentes organizaciones y agencias que inventan el Estado en múltiples niveles. La intervención política no toma lugar solo en los sectores más altos de la burocracia, ocurre dondequiera que esté siendo configurado el significado de los programas por los implementadores. Como resultado, los esfuerzos para mitigar la violencia estructural deben dirigirse hacia diferentes ámbitos del Estado simultáneamente.

Referirse al significado de los Estados tiene profundas implicancias para su estudio comparativo, y especialmente para el estudio comparativo de los programas de erradicación de la pobreza. A pesar de las enormes diferencias tanto en la historia como en la cultura que separan las varias regiones del mundo, muchos investigadores sostienen que las formas institucionales que los Estados-nación han tomado a través del mundo son extraordinariamente uniformes.²² Pero una aproximación que se centre exclusivamente en las formas institucionales, capacidades y estructuras organizacionales pierde algo crítico, a saber, lo que los Estados representan

para las personas que los habitan —por ejemplo, los funcionarios— o son interpelados por ellos —los sujetos y ciudadanos—. Los programas contra la pobreza, sorprendentemente, parecen similares de un Estado-nación a otro, entre otras cosas porque su difusión global es facilitada por organizaciones transnacionales como el Banco Mundial y toda la academia global y los aparatos de diseño de políticas de desarrollo. No obstante, el débil discurso de pobreza que domina a estas instituciones se preocupa sobre todo por el movimiento del número de personas por encima de una línea imaginaria y el reparto de asistencia y servicios a los pobres, lo que revela muy poco acerca de cómo la pobreza es vivida y comprendida por los pobres. También revela muy poco sobre cómo las personas comprenden el rol del Estado o de determinadas burocracias en mantener la violencia estructural o sus suposiciones sobre la responsabilidad de determinadas ramas o ámbitos del Estado para el deseado mejoramiento.

En una escala más fundamental, la presunción ontológica —o quizá óptica— que subyace al estudio comparativo de los Estados asume que estos son unidades del mismo tipo. Este juicio supone un acuerdo intersubjetivo sobre su significado, que es transcultural, un importante problema que no se discute casi nunca en su análisis comparativo. Si las representaciones no son inherentes a las instituciones, sino que las constituyen, el estudio de las prácticas cotidianas y de la circulación de representaciones —que conforman Estados particulares— puede arrojar luces no solo de lo que significan, sino de cómo llegan a significar esto, para quién y bajo qué circunstancias.²³ La materialidad de los archivos, órdenes, memorandos, estadísticas, reportes, peticiones, inspecciones, inauguraciones y transferencias, las rutinas monótonas de las burocracias y los encuentros entre burócratas y ciudadanos: estas son las cosas fuera de la cual los significados de los Estados son continuamente constituidos. Tales rutinas son sorprendentemente poco estudiadas en contraste con la predominante atención en las maniobras de los líderes estatales, los cambios en las políticas principales, los cambios de régimen o la clase base de los funcionarios

22. Mucho ha sido elaborado sobre la similitud de las formas institucionales de los Estados en el trabajo de sociólogos como Meyer (1980) y Meyer, Boli, Thomas y Ramirez (1997).

23. Gal y Kligman (2000) han enfatizado este punto en su estudio sobre reproducción y familia en la Europa central del este.

estatales —para nombrar solo unos pocos temas que han dominado en el estudio de los Estados.

Para el estudio comparativo de la pobreza y el Estado, esto implica que deberíamos ser muy precavidos en continuar con un enfoque de arriba-hacia-abajo, en el que los significados de los términos clave —el Estado, los pobres, los índices de pobreza, el alfabetismo y la mortalidad infantil— se toman como dados y pueden servir, en consecuencia, como una base para la comparación. Quizá necesitamos comprender de qué manera y saber si los pobres son o no, de hecho, contruidos en la forma en que estas categorías los hacen, y cómo esta construcción es posible a través de estrategias estatales de clasificación y enumeración. La comparación entre nación y Estado es significativa solo si el significado del Estado para los pobres es aproximadamente similar. Si el Estado significa cosas radicalmente diferentes para los pobres en diversos contextos geográficos o nacionales, entonces no tiene sentido yuxtaponer políticas estatales hacia los pobres en los diferentes Estados-nación.

Tomados juntos, los argumentos precedentes permiten una reconfiguración de las relaciones entre el Estado y los pobres. El resto de este libro demostrará el valor de estas propuestas mediante la presentación de detalles etnográficos que pintan una perspectiva desagregada del Estado. El retrato mostrado en las siguientes páginas debería contribuir a empoderar a los investigadores para pensar en nuevas formas de las políticas de involucramiento del Estado desde la perspectiva de diferentes grupos de pobres y a abrir los muchos sitios y contextos posibles donde el Estado comienza a representarse como unidad y con propósito para sus empleados y clientes.

Conclusión

Pensar la relación entre el Estado y la pobreza requiere un cuestionamiento de ambos términos. En la primera parte, intento explicar en detalle lo que entiendo por violencia de la pobreza. Con el fin de hacerlo, agrupo las cuestiones acerca del Estado. Si bien podría parecer a veces como si aceptara una convencional comprensión del Estado en este análisis, nada podría estar más lejano de la verdad. Este capítulo aclara dicho punto,

cuestionando específicamente la noción del Estado, frecuentemente usada en el análisis social, la acción política y los debates políticos. El principal objetivo de este capítulo ha sido poner el fundamento teórico para demostrar que la inclusión ideológica, política y categorial es insuficiente para prevenir formas extremas de violencia estructural. No obstante, mientras se opere manteniendo una idea reificada del Estado, los argumentos que elabore en este artículo sobre biopolítica, violencia estructural y especialmente sobre la producción de arbitrariedades pueden avanzar poco. ¿Por qué? Porque una perspectiva reificada del Estado usualmente depende de la presunción de un aparato fuertemente unificado y un control centralizado incluso cuando tal presupuesto no está explícitamente establecido.

En contraste, la perspectiva desagregada del Estado que estoy proponiendo permite ver las contradicciones a lo largo de escalas y despachos en la administración y control de la población. Esto sugiere que la biopolítica es un proyecto internamente contradictorio, impugnado. La biopolítica depende de la cartografía de la población para comprender las regularidades y desviaciones, porque, sin tal cartografía es imposible analizar y optimizar los procesos que necesitan regularse. Sin embargo, en los casos que estoy analizando, tal cartografía no está disponible para los funcionarios estatales porque los procesos de enumeración y clasificación son incompletos y poco fiables. Los datos estadísticos sobre los pobres son generalmente poco fiables e inadecuados, a pesar de dispositivos administrativos como el requerimiento de registrar en el estatus de la BPL. Incluso una categoría como la línea de pobreza se vuelve una herramienta de definición pobre, porque las personas pueden moverse por encima o por debajo de ella durante el curso de un año o quizá estacionalmente (Krhishna 2010).

Una perspectiva desagregada del Estado no descarta la posibilidad de que este pueda parecer singular y monolítico por algún tiempo. Comprendiendo las condiciones en las cuales tal imagen es construida exitosamente, se puede ganar agudeza en los resultados políticos. Los bloques hegemónicos libran una lucha interpretativa y cultural para construir un imaginario estatal relativamente estable. En la medida en que tal esfuerzo es exitoso, esto implica no solamente el derecho a gobernar sino también el derecho de construir el derecho a gobernar. El ascendiente en esta lucha cultural es significativo porque enmarca las condiciones que regulan el flujo de

superávit y configura los parámetros de la violencia estructural. Las intervenciones políticas que dependen del poder de un Estado excepcional, confiable para reforzarlas, son también afectadas por el éxito de las reivindicaciones de legitimidad. A su vez, los resultados de la política se reflejan en el Estado, ya sea subrayando su legitimidad o socavando su solidez.

Finalmente, el enfoque sobre las prácticas cotidianas, más que sobre los despliegues espectaculares de poder estatal o inusuales y excepcionales eventos, ayuda a comprender cómo se mantiene normal el estado de situaciones donde la violencia intensiva hacia las poblaciones pobres se da por sentada. Estoy interesado precisamente en aquellas condiciones que permiten a todas las clases sociales, incluyendo el gran y formidable aparato de desarrollo estatal, continuar con las operaciones normales de una manera tal que pueden ignorar la masiva y desproporcionada muerte de los pobres. Tal crisis no desaparece como un problema; lo que quizá es interesante es que la construcción cultural del Estado es tal que nunca se ve como problema al cual la atención del aparato de desarrollo necesite dirigirse. La violencia estructural contra los pobres, entonces, es constitutiva del Estado: la situación que se percibe como normal produce la muerte a escala masiva sin la suspensión de la constitución o la imposición de un estado de emergencia (Agamben 2005).

Bibliografía

- ABRAMS, Philip
1988 "Notes on the Difficulty of Studying the State". *Journal of Historical Sociology* vol. 1, n.º 1: 58-89.
- AGAMBEN, Giorgio
2005 *State of Exception*. Kevin Attell (trad.). Chicago: University of Chicago Press.
- ALEXANDER, M. Jacqui
1997 "Erotic Autonomy as a Politics of Decolonization: An Anatomy of Feminist and State Practice in the Bahamas Tourist Economy". En M. Jacqui Alexander y Chandra Mohanty (eds.). *Feminist Genealogies, Colonial Legacies, Democratic Futures*. Nueva York: Routledge.
- ALTHUSSER, Louis
1971 "Ideology and Ideological State Apparatuses (Notes towards an Investigation)". En *Lenin and Philosophy and Other Essays*. Nueva York: Monthly Review Press.
- ANAGNOST, Ann
1995 "A Surfeit of Bodies: Population and the Rationality of the State in Post-Mao China". En Faye D. Ginsburg y Rayna Rapp (eds.). *Conceiving the New World Order: The Global Politics of Reproduction*. Berkeley: University of California Press.
1997 *National Past-Times: Narrative, Representation, and Power in Modern China*. Durham: Duke University Press.
- ANDERSON, Benedict
1991 *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*. 2.ª ed. Nueva York: Verso.
- ASHFORTH, Adam
1990 *The Politics of Official Discourse in Twentieth-Century South Africa*. Oxford: Clarendon Press.
- BARDHAN, Pranab
1984 *The Political Economy of Development in India*. Nueva York: Basil Blackwell.
1999 *The Political Economy of Reform in India*. Nueva Delhi: National Council of Applied Economic Research.
- BAYART, Jean-François
1993 *The State in Africa: The Politics of the Belly*. Mary Harper, Christopher Harrison y Elizabeth Harrison (trads.). Nueva York: Longman.
- BORDIEU, Pierre
1999 "Rethinking the State: Genesis and Structure of the Bureaucratic Field". En George Steinmetz (ed.). *State/culture: State Formation after the Cultural Turn*. Loic Wacquant y Samar Farage (trads.). Ithaca: Cornell University Press.
- BROCH-DUE, Vigdis
1995 *Poverty Paradoxes: The Economy of Engendered Needs*. Upsala: Nordiska Afrikainstitutet.
- BROW, James
1988 "In Pursuit of Hegemony: Representations of Authority and Justice in a Sri Lankan Village". *American Ethnologist*, vol. 15, n.º 2: 311-327.

- BRUBAKER, Rogers
1992 *Citizenship and Nationhood in France and Germany*. Cambridge: Harvard University Press.
- CHALFIN, Brenda
2006 "Global Customs Regimes and the Traffic in Sovereignty: Enlarging the Anthropology of the State". *Current Anthropology*, vol. 47, n.º 2: 243-276.
- CLARKE, John
2004 *Changing Welfare, Changing States: New Directions in Social Policy*. Thousand Oaks, Londres, Nueva Delhi: Sage Publications.
- COHN, Bernard S.
1987a "The Census, Social Structure and Objectification in South Asia". En Bernard S. Cohn (ed.). *An Anthropologist among the Historians and Other Essays*. Delhi: Oxford University Press.
1987b "Representing Authority in Victorian India". En Bernard S. Cohn (ed.). *An Anthropologist among the Historians and Other Essays*. Delhi: Oxford University Press.
1996 *Colonialism and its Forms of Knowledge: The British in India*. Princeton: Princeton University Press.
- CORONIL, Fernando
1997 *The Magical State: Nature, Money, and Modernity in Venezuela*. Chicago: University of Chicago Press.
- CORRIGAN, Philip y Derek SAYER
1985 *The Great Arch: English State Formation as Cultural Revolution*. Oxford: Blackwell.
- COUTIN, Susan Bibler
2003 "Cultural Logics of Belonging and Movement: Transnationalism, Naturalization, and U. S. Immigration Politics". *American Ethnologist*, vol. 30, n.º 4: 508-526.
- ECHVERRI-GENT, John
1993 *The State and the Poor: Public Policy and Political Development in India and the United States*. Berkeley: University of California Press.
- ENLOE, Cynthia
2000 *Maneuvers: The International Politics of Militarizing Women's Lives*. Berkeley: University of California Press.
- EYAL, Gil
2003 *The Origins of Postcommunist Elites: From Prague Spring to the Breakup of Czechoslovakia*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- FELDMAN, Ilana
2008 *Governing Gaza: Bureaucracy, Authority, and the Work of Rule, 1917-1967*. Durham: Duke University Press.
- FOUCAULT, Michel
2007 *Security, Territory, Population: Lectures at the Collège de France, 1977-78*. Graham Burchell (trad.). Nueva York: Palgrave Macmillan.
- FULLER, Christopher John y John HARRISS
2009 "For an Anthropology of the Modern Indian State". En Christopher John Fuller y Véronique Bénéï (eds.). *The Everyday State and Society in Modern India*. Nueva Delhi: Social Science Press.
- GAL, Susan y Gail KLIGMAN
2000 *The Politics of Gender after Socialism: A Comparative-Historical Essay*. Princeton: Princeton University Press.
- GEERTZ, Clifford
1980 *Negara: The Theatre State in Nineteenth-Century Bali*. Princeton: Princeton University Press.
- GLEDHILL, John
1999 "Official Masks and Shadow Powers: Towards an Anthropology of the Dark Side of the State". *Urban Anthropology*, vol. 28, n.º 3-4: 199-251.
- GUPTA, Akhil
1998 *Postcolonial Developments: Agriculture in the Making of Modern India*. Durham: Duke University Press.
- GUPTA, Dipankar
1997 *Rivalry and Brotherhood: Politics in the Life of Farmers in Northern India*. Nueva York: Oxford University Press.
- HABERMAS, Jürgen
1975 *Legitimation Crisis*. Thomas McCarthy (trad.). Boston: Beacon Press.
- HANDELMAN, Don
1978 "Introduction: A Recognition of Bureaucracy". En Don Handelman y Elliot Leyton. *Bureaucracy and World View: Studies in the Logic of Official*

- Interpretation*. St. John's, Newfoundland: Institute of Social and Economic Research.
- 1981 "Introduction: The Idea of Bureaucratic Organization". *Social Analysis*, vol. 9: 5-23.
- HANSEN, Thomas Blom
2001 *Wages of Violence: Naming and Identity in Postcolonial Bombay*. Princeton: Princeton University Press.
- HANSEN, Thomas Blom y Finn STEPPUTAT (eds.)
2001 *States of Imagination: Ethnographic Explorations of the Postcolonial State*. Durham: Duke University Press.
- HARAWAY, Donna
1988 "Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective". *Feminist Studies*, vol. 14, n.º 3: 575-599.
- HERZFELD, Michael
1992 *The Social Production of Indifference: Exploring the Symbolic Roots of Western Bureaucracy*. Chicago: University of Chicago Press.
- HOLMES, Douglas y George E. MARCUS
2006 "Fast Capitalism: Para-Ethnography and the Rise of the Symbolic Analyst". Melissa Fisher y Greg Downey (eds.). *Frontiers of Capital: Ethnographic Reflections on the New Economy*. Durham: Duke University Press.
- JESSOP, Bob
1999 "Narrating the Future of the National Economy and the National State: Remarks on Remapping Regulation and Reinventing Governance". En G. Steinmetz (ed.). *State/Culture: State Formation after the Cultural Turn*. Ithaca: Cornell University Press.
- JOSEPH, Gilbert M. y Daniel NUGENT (eds.)
1994 *Everyday Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Rural Mexico*. Durham: Duke University Press.
- KANTOLA, Johanna
2007 "The Gendered Reproduction of the State in International Relations". *British Journal of Politics and International Relations*, vol. 9, n.º 2: 270-83.
- KAPFERER, Bruce
2005 "New Formations of Power, the Oligarchic-Corporate State, and Anthropological Ideological Discourse". *Anthropological Theory*, vol. 5, n.º 3: 285-299.
- KASABA, Resat
1994 "A Time and a Place for the Non-State: Social Change in the Ottoman Empire during the 'Long Nineteenth Century'". En Joel Migdal, Atul Kohli, Vivienne Shue (eds.). *State Power and Social Forces: Domination and Transformation in the Third World*. Cambridge: Cambridge University Press.
- KOHLI, Atul
1987 *The State and Poverty in India: The Politics of Reform*. Nueva York: Cambridge University Press.
- KRISHNA, Anirudh
2010 "Poverty Knowledge and Poverty Action in India". En Akhil Gupta y K. Sivaramakrishnan (eds.). *The State in India after Liberalization: Interdisciplinary Perspectives*. Nueva York: Routledge.
- MANN, Michael
1986 *The Sources of Social Power*. Nueva York: Cambridge University Press.
- MBEMBE, Achille
1992 "The Banality of Power and the Aesthetics of Vulgarity in the Postcolony". Janet Roitman (trad.), *Public Culture*, vol. 4, n.º 2: 1-30.
- MEYER, John
1980 "The World Polity and the Authority of the Nation-State". En Albert Bergsen (ed.). *Studies of the Modern World-System*. Nueva York: Academic Press.
- MEYER, John et ál.
1997 "World Society and the Nation State". *American Journal of Sociology*, vol. 103, n.º 1: 144-181.
- MITCHELL, Timothy
1988 *Colonizing Egypt*. Nueva York: Cambridge University Press.
- 1991 "The Limits of the State: Beyond Statist Approaches and their Critics". *American Political Science Review*, vol. 85, n.º 1: 77-96.
- 1999 "Society, Economy, and the State Effect". En George Steinmetz (ed.). *State/Culture: State Formation after the Cultural Turn*. Ithaca: Cornell University Press.
- MUKERJI, Chandra
1997 *Territorial Ambitions and the Gardens of Versailles*. Nueva York: Cambridge University Press.

- NAVARO-YASHIN, Yael
2002 *Faces of the State: Secularism and Public life in Turkey*. Princeton: Princeton University Press.
- NELSON, Diane
1999 *A Finger in the Wound: Body Politics in Quincentennial Guatemala*. Berkeley: University of California Press.
- NIELSEN, Morten
2007 "Filling in the Blanks: The Potency of Fragmented Imageries of the State". *Review of African Political Economy*, vol. 34, n.º 114: 695-708.
- NUGENT, David
1994 "Building the State, Making the Nation: The Bases and Limits of State Centralization in 'Modern' Peru". *American Anthropologist*, vol. 96, n.º 2: 333-369.

1997 *Modernity at the Edge of Empire: State, Individual, and Nation in the Northern Peruvian Andes, 1885-1935*. Palo Alto: Stanford University Press.
- SCOTT, James C.
1998 *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*. New Haven: Yale University Press.
- SHARMA, Aradhana y Akhil GUPTA
2006 "Globalization and Postcolonial States". *Current Anthropology*, vol. 47, n.º 2: 277-307.
- SHORE, Cris
2000 *Building Europe: The Cultural Politics of European Integration*. Nueva York: Routledge.
- SINHA, Aseema
2005 *The Regional Roots of Developmental Politics in India: A Divided Leviathan*. Bloomington: Indiana University Press.
- STEINMETZ, George
1993 *Regulating the Social: The Welfare State and Local Politics in Imperial Germany*. Princeton: Princeton University Press.
- STOLER, Ann L.
2002 *Carnal Knowledge and Imperial Power: Race and the Intimate in Colonial Rule*. Berkeley: University of California Press.
- 2004 "Affective States". En David Nugent y Joan Vincent (eds.). *A Companion to the Anthropology of Politics*. Malden: Blackwell.
- SUNDER RAJAN, Rajeswari
2003 *The Scandal of the State: Women, Law, and Citizenship in Postcolonial India*. Durham: Duke University Press.
- TAUSSIG, Michael T.
1992 "Maleficium: State Fetishism". En *The Nervous System*. Nueva York: Routledge.

1997 *The Magic of the State*. Nueva York: Routledge.
- TAYLOR, Peter J.
1994 "The State as Container: Territoriality in the Modern World-System". *Progress in Human Geography*, vol. 18, n.º 2: 151-162.
- TSING, Anna Lowenhaupt
2005 *Friction: An Ethnography of Global Connection*. Princeton: Princeton University Press.
- URLA, Jacqueline
1993 "Cultural Politics in an Age of Statistics: Numbers, Nations, and the Making of Basque Identity". *American Ethnologist*, vol. 20, n.º 4: 818-843.
- VERDERY, Katherine
1996 *What Was Socialism, and What Comes Next?* Princeton: Princeton University Press.

2004 "After Socialism". En David Nugent y Joan Vincent (eds.). *A Companion to the Anthropology of Politics*. Malden: Blackwell Pub.
- YANG, Mayfair Mei-hui
1989 "The Gift Economy and State power in China". *Comparative Studies in Society and History*, vol. 31, n.º 1: 25-54.

ESPACIALIZANDO ESTADOS: hacia una etnografía de la gubernamentalidad neoliberal

James Ferguson

Akhil Gupta

Los años recientes han visto un nuevo alcance en la preocupación antropológica por el Estado moderno. En parte, este nuevo interés surge del reconocimiento del rol central que los Estados juegan en la configuración de las “comunidades locales”, la cuales históricamente han constituido los objetos de la investigación antropológica; en parte, refleja una nueva determinación para crear una mirada etnográfica que influya sobre las prácticas culturales de los propios Estados. Un importante tema que se desarrolla a lo largo de la literatura más reciente ha sido que los Estados no son simples aparatos burocráticos funcionales, sino poderosos lugares de producción simbólica y cultural, siempre representados y comprendidos culturalmente en formas particulares. Es aquí donde se comienza, posiblemente, a hablar de Estados y no solo de naciones (Anderson 1991) como “imaginadas” —esto es, como entidades construidas que se conceptualizan y se hacen socialmente efectivas a través de dispositivos imaginativos y simbólicos particulares que requieren estudio (Bayart 1993, Bernal 1997, Cohn 1996, Comaroff 1998, Coronil 1997, Corrigan y Sayer 1985, cfr. Fallers 1971, Geertz 1980, Joseph y Nugent 1994, Nugent 1997, Scott 1998, Taussig 1996).

En este artículo, nuestra contribución bibliográfica es doble. Primero, sostenemos que las discusiones sobre cómo se imagina el Estado no